



ECONOMÍA

PARA EL 99% DE LA POBLACIÓN



HA-JOON CHANG



Lectulandia

CAPÍTULO 3

¿Cómo llegamos hasta aquí?

UNA BREVE HISTORIA DEL CAPITALISMO

SEÑORA LINTOTT: Ahora dígame, ¿cómo define usted la historia, señor Rudge?

RUDGE: ¿Puedo hablar con entera libertad, señora? ¿Sin ser castigado?

SEÑORA LINTOTT: Yo lo protegeré.

RUDGE: ¿Que cómo defino yo la historia? Como una maldita cosa después de otra.

ALAN BENNETT, *The History Boys*

Una maldita cosa después de otra: ¿para qué sirve la historia?

Muchos lectores probablemente sentirán hacia la historia lo mismo que sentía el joven Rudge en *The History Boys*, la exitosa pieza teatral de Alan Bennett (llevada a las pantallas en 2006) sobre un grupo de muchachos brillantes pero sin recursos de Sheffield que intentan ser admitidos en Oxford para estudiar historia.

Muchas personas consideran que la *historia económica*, o la historia de cómo han evolucionado nuestras economías, no tiene ningún sentido. ¿Realmente necesitamos saber lo que ocurrió hace dos o tres siglos para corroborar que el libre comercio fomenta el crecimiento económico, que los impuestos altos desalientan la creación de riqueza o que la reducción de la burocracia estimula las actividades comerciales? ¿Acaso estos y otros saberes económicos de nuestra época no son, sin excepción alguna, proposiciones derivadas de teorías de una lógica irrefutable y confirmadas por una enorme cantidad de datos estadísticos contemporáneos?

La mayoría de los economistas están de acuerdo con ello. La historia económica fue una materia obligatoria en los planes de estudio de las facultades de ciencias económicas de la mayoría de las universidades norteamericanas hasta los años ochenta, pero cabe señalar que muchos de esos centros ya ni siquiera ofrecen cursos sobre historia económica. Entre los economistas de orientación más teórica incluso impera cierta tendencia a considerar la historia económica, en el mejor de los casos, como una distracción inofensiva —como contar los vagones de un tren—, y en el peor de ellos como un refugio para los intelectualmente discapacitados que no pueden manejar material «duro» como las matemáticas y las estadísticas.

Sin embargo, he decidido presentar a mis lectores una breve (bueno, quizá no tan breve) historia del capitalismo porque es vital tener algún conocimiento de esa historia para poder comprender plenamente los fenómenos económicos contemporáneos.

La vida es más extraña que la ficción: por qué la historia importa

La historia afecta al presente, no solo por ser lo que existió antes de nuestra época, sino también porque la historia (o, mejor dicho, lo que creemos saber sobre ella) determina nuestras decisiones. Muchas recomendaciones políticas están respaldadas por ejemplos históricos porque no existe nada tan eficaz como los casos reales —exitosos o no— para convencer a la gente. Por ejemplo, quienes promueven el libre comercio siempre señalan que Gran Bretaña y después Estados Unidos llegaron a ser superpotencias económicas mundiales gracias al libre comercio. Si comprendieran que su visión de la historia es incorrecta (como demostraré más adelante), tal vez no pondrían tanto empeño en recomendar esas políticas. Y también les resultaría más

difícil convencer a otros.

La historia también nos fuerza a cuestionar algunos supuestos que damos por sentados. Cuando uno tiene conocimiento de que muchas cosas que hoy no pueden comprarse ni venderse —seres humanos (esclavos), trabajo infantil, cargos de gobierno— solían ser perfectamente comercializables, deja de pensar que la frontera del «libre mercado» fue trazada por alguna ley científica atemporal y comienza a darse cuenta de que puede ser retrazada. Cuando nos enteramos de que las economías capitalistas avanzadas crecieron más rápido que nunca en la historia entre las décadas de 1950 y 1970, una época de fuertes regulaciones e impuestos altos, enseguida nos volvemos escépticos ante la idea de que, para promover el crecimiento, hay que bajar los impuestos y reducir la burocracia.

La historia sirve para resaltar los límites de la teoría económica. La vida es a menudo más extraña que la ficción, y la historia está plagada de experiencias económicas exitosas (a todos los niveles: naciones, empresas, individuos) que no pueden ser explicadas a la perfección por una sola teoría económica. Por ejemplo, si solo leemos *The Economist* o *The Wall Street Journal*, de lo único que nos enteraremos es de la política de libre comercio de Singapur y su receptividad a la inversión extranjera. Esto puede llevarnos a concluir que el éxito económico de Singapur es una prueba fehaciente de que el libre comercio y el libre mercado son la mejor receta para el desarrollo económico... hasta que tenemos noticia de que casi toda la tierra en Singapur es propiedad del Estado, de que el 85 por ciento de las viviendas las otorga un organismo estatal (el Housing and Development Board) y de que el 22 por ciento de la riqueza nacional la producen empresas públicas (el promedio internacional ronda el 10 por ciento). No hay un solo tipo de teoría económica —neoclásica, marxista, keynesiana o la que sea— que pueda explicar el éxito de esta combinación de mercado libre y socialismo. Ejemplos como este deberían volvernos más escépticos respecto del poder de las teorías económicas y más cautos a la hora de sacar conclusiones políticas.

Por último, aunque no por ello menos importante, necesitamos prestar atención a la historia porque tenemos el deber moral de evitar en la medida de lo posible los «experimentos» con la gente. Desde la planificación central en el antiguo bloque socialista (y su transición estilo «big bang» al capitalismo) hasta los fracasos de la «economía de la filtración» en Estados Unidos y el Reino Unido en las décadas de 1980 y 1990, pasando por el desastre que supusieron las políticas de «austeridad» en la mayoría de los países europeos después de la Gran Depresión, la historia está plagada de experimentos radicales en materia de política económica que han destruido las vidas de millones, tal vez decenas de millones de personas. Estudiar historia no nos permitirá evitar por completo los errores en la actualidad, pero debemos poner todo nuestro empeño en extraer lecciones de la historia antes de formular políticas que afectarán a vidas humanas.

Si alguno de los puntos antes mencionados logró convencerlo, por favor, continúe

leyendo el resto del capítulo; una lectura que probablemente pondrá en duda algunos «hechos» históricos que usted creía conocer y que por lo tanto, con un poco de suerte, transformará (al menos un poco) su manera de entender el capitalismo.

La tortuga contra los caracoles: la economía mundial antes del capitalismo

Europa occidental creció muy lentamente...

El capitalismo comenzó en Europa occidental, especialmente en Gran Bretaña y los Países Bajos (las actuales Bélgica y Holanda), entre los siglos XVI y XVII. Por qué comenzó allí —en vez de hacerlo, por ejemplo, en China o India, dos países comparables a Europa occidental en sus niveles de desarrollo económico hasta entonces— es un tema que viene siendo objeto de un intenso debate. Las explicaciones son múltiples y van desde el desprecio de la élite china por las cuestiones prácticas (como el comercio y la industria) hasta el descubrimiento de América y la disposición de los yacimientos de carbón británicos. Pero no tenemos necesidad de detenernos en este debate. El hecho es que el capitalismo se desarrolló primero en Europa occidental.

Antes del surgimiento del capitalismo, las sociedades europeas occidentales, al igual que todas las otras sociedades precapitalistas, cambiaban con extrema lentitud. Básicamente, la sociedad estaba organizada en torno a la agricultura, que venía utilizando prácticamente las mismas tecnologías desde hacía siglos, con un cierto grado de comercio y algunas industrias artesanales.

Entre los años 1000 y 1500, en la Edad Media, la *renta per cápita* —es decir, la renta por persona— aumentó en Europa occidental al 0,12 por ciento anual^[1]. Esto significa que, en 1500, la renta era solo un 82 por ciento más alta que en el año 1000. Para verlo en perspectiva, este es el crecimiento que China, a una tasa del 11 por ciento anual, experimentó en solo seis años, entre 2002 y 2008. Esto significa que, en términos de progreso material, un año en la China actual equivale a ochenta y tres años en la Europa occidental del medioevo (lo cual equivale, a su vez, a tres vidas y media medievales, dado que en aquella época la esperanza de vida era de solo veinticuatro años).

... pero creció más rápido que el resto del mundo

Dicho esto, cabe indicar que el crecimiento de Europa occidental seguía siendo velocísimo comparado con el de Asia y Europa oriental (Rusia incluida), que, según se estima, crecieron una tercera parte por término medio (un 0,04 por ciento). Esto quiere decir que su renta aumentó solo un 22 por ciento después de medio milenio.

Europa occidental tal vez avanzaba a paso de tortuga, pero otras partes del mundo avanzaban como caracoles.

Los albores del capitalismo: 1500-1820

Nace el capitalismo... a cámara lenta

El capitalismo nació en el siglo XVI, pero fue un alumbramiento tan sumamente lento que no podemos detectarlo con facilidad en las cifras. Durante el período comprendido entre los años 1500 y 1820, la tasa de crecimiento de la renta per cápita en Europa occidental fue todavía solo del 0,14 por ciento, básicamente la misma que durante el período comprendido entre los años 1000 y 1500 (0,12 por ciento).

En Gran Bretaña y Holanda hubo una visible aceleración del crecimiento hacia finales del siglo XVIII, sobre todo en sectores como el de los tejidos de algodón y el del hierro^[2]. De resultas de ello, en el período comprendido entre 1500 y 1820, Gran Bretaña y Holanda alcanzaron tasas de crecimiento económico per cápita del 0,27 y el 0,28 por ciento anuales, respectivamente. Son índices muy bajos en comparación con los que serían habituales en los tiempos modernos, pero aun así duplican el promedio de Europa occidental. A ello subyacen infinidad de cambios.

El surgimiento de nuevas ciencias, tecnologías e instituciones

Primero se produjo un cambio cultural hacia maneras más «racionales» de entender el mundo, que propiciaron el surgimiento y predominio de las matemáticas y otras ciencias modernas. Muchas de esas ideas fueron inicialmente tomadas en préstamo del mundo árabe y Asia^[3], pero en los siglos XVI y XVII los europeos occidentales comenzaron a aportar sus propias innovaciones. Los padres fundadores de la ciencia y la matemática modernas —Copérnico, Galileo, Fermat, Newton y Leibniz— son de esta época. Este desarrollo de la ciencia no afectó de inmediato a la economía, pero más tarde permitió una sistematización del conocimiento que hizo que las innovaciones tecnológicas dependieran menos de los individuos y, por tanto, fueran más fáciles de transferir, lo cual estimuló la difusión de nuevas tecnologías y un crecimiento económico verificable.

El siglo XVIII fue testigo del surgimiento de varias nuevas tecnologías que anunciaron el advenimiento de un sistema de producción mecanizado, especialmente en los sectores textil, siderúrgico y químico⁽¹⁵⁾. Al igual que en la fábrica de alfileres de Adam Smith, se desarrolló una división del trabajo más específica y comenzaron a usarse líneas de montaje continuas desde comienzos del siglo XIX. Uno de los elementos clave para el surgimiento de estas nuevas tecnologías fue el deseo de

aumentar la producción para poder vender más y, por consiguiente, obtener mayores beneficios; en otras palabras, la propagación del modo de producción capitalista. Como argumentara Adam Smith en su teoría de la división del trabajo, el incremento de la producción posibilitó una mayor división del trabajo, lo que a su vez incrementó la productividad y, en consecuencia, los productos, dando lugar a un «ciclo virtuoso» entre el aumento de la producción y el aumento de la productividad.

Surgieron nuevas instituciones económicas para adaptarse a las nuevas realidades de la producción capitalista. Los bancos evolucionaron a raíz de la propagación de las transacciones mercantiles con la intención de facilitarlas. El surgimiento de proyectos de inversión que requerían un capital superior incluso a la riqueza de los individuos más ricos estimuló la invención de la *corporación* —o sociedad anónima— y, por lo tanto, del mercado de valores.

Comienza la expansión colonial

Los países de Europa occidental comenzaron a expandirse rápidamente más allá de sus fronteras geográficas desde principios del siglo xv. Conocida con el eufemismo «la era de los descubrimientos», esta expansión implicó adueñarse de tierras, recursos y personas (trabajadores) de las poblaciones nativas por medio del colonialismo.

Empezando por Portugal (en Asia) y España (en América) a partir de finales del siglo xv, las naciones europeas occidentales emprendieron una expansión intensa y despiadada. Hacia mediados del siglo xviii, Gran Bretaña, Francia y España se habían repartido América del Norte. La mayoría de los países latinoamericanos estuvieron bajo dominio español y portugués hasta las décadas de 1810 y 1820. Partes de la India estaban gobernadas por los británicos (principalmente Bengala y Bihar), los franceses (en la costa sudeste) y los portugueses (en varias zonas costeras, especialmente Goa). Australia empezó a ser colonizada por esta época (la primera colonia penal empezó a funcionar en 1788). África todavía no estaba tan afectada; solo había algunas colonias en zonas costeras establecidas por los portugueses (las hasta entonces deshabitadas islas de Cabo Verde, Santo Tomé y Príncipe) y los holandeses (Ciudad del Cabo en el siglo xvii).

El colonialismo se regía por principios capitalistas. Simbólicamente, hasta 1858 el gobierno británico en la India fue administrado por una empresa (la Compañía de las Indias Orientales), no por los monarcas del Reino Unido. Las colonias llevaban nuevos recursos a Europa. Las primeras expansiones estuvieron motivadas por la búsqueda de metales preciosos destinados a ser utilizados como moneda (oro y plata) y de especias (sobre todo pimienta negra). Con el paso del tiempo, las plantaciones que utilizaban esclavos, en su inmensa mayoría capturados en África, comenzaron a establecerse en las nuevas colonias —especialmente en Estados Unidos, Brasil y el Caribe— para cultivar y llevar a Europa nuevos productos como la caña de azúcar, el caucho, el algodón y el tabaco. Algunos de los cultivos del Nuevo Mundo

comenzaron luego a ser producidos en Europa e incluso más allá de sus fronteras, y acabaron por convertirse en alimentos básicos. Resulta estimulante evocar esos días en que los británicos no tenían patatas fritas, los italianos carecían de tomates y polenta (harina de maíz), y los indios, los tailandeses y los coreanos no comían ningún tipo de chile o pimienta.

El colonialismo deja hondas cicatrices

Hace ya tiempo que se debate si el capitalismo podría haberse desarrollado sin los recursos coloniales de los siglos XVI-XVIII: metales preciosos utilizados como moneda, fuentes de alimento adicionales como la patata y el azúcar, e insumos industriales como el algodón^[4]. Si bien es indudable que los colonizadores se beneficiaron enormemente con estos recursos, cabe señalar que esos países probablemente habrían desarrollado el capitalismo aun sin ellos. Lo que sí está fuera de toda duda, sin embargo, es que el colonialismo devastó a las sociedades colonizadas.

Las poblaciones nativas fueron exterminadas o condenadas al ostracismo. Sus tierras, así como los recursos de la superficie y las profundidades, les fueron usurpadas. La marginación de los pueblos indígenas ha sido tan amplia y profunda que Evo Morales, el actual presidente de Bolivia (electo en 2006), es el segundo jefe de Estado de origen indígena en América desde que los europeos llegaron a ese continente en 1492 (el primero fue Benito Juárez, presidente de México entre 1858 y 1872).

Millones de africanos —unos doce según la mayoría de las estimaciones— fueron capturados y embarcados como esclavos por los europeos y los árabes. Esto no solo fue una tragedia para aquellos que terminaron esclavizados (en caso de haber sobrevivido a las atroces condiciones del viaje), sino que también vació de trabajadores a muchas sociedades africanas y destruyó el tejido social. Se inventaron países con fronteras arbitrarias, algo que afectó —y sigue afectando hasta hoy— a las políticas internas e internacionales de esos países. El hecho de que tantas fronteras en África sean líneas rectas da fe de ello; las fronteras naturales nunca son rectas, porque suelen ser trazadas a lo largo de ríos, cadenas montañosas y otros accidentes geográficos.

El colonialismo significó con frecuencia la destrucción deliberada de las actividades productivas existentes en las regiones económicamente más avanzadas. Más importante aún: en 1700 Gran Bretaña prohibió la importación de tejidos de algodón indios (calicós) —ya lo he mencionado en el capítulo 2— para promover su industria textil algodonera, asestándole así un duro golpe a la industria india. El tiro de gracia llegó a mediados del siglo XIX con el flujo de exportaciones procedentes de la para entonces mecanizada industria textil británica. Como colonia, la India no podía valerse de aranceles y otras medidas políticas para proteger a sus productores contra las importaciones británicas. En 1835, lord Bentinck, gobernador general de la

Compañía de las Indias Orientales, dejó claro para la historia que «los huesos de los tejedores de algodón blanquean las llanuras de India»^[5].

1820-1870: la revolución industrial

El rugido de las turbinas: comienza la revolución industrial

El capitalismo realmente despegó hacia 1820, con una visible aceleración del crecimiento económico en toda Europa occidental y luego en las «filiales occidentales» de América del Norte y Oceanía. La aceleración del crecimiento fue tan espectacular que se dio el nombre de «revolución industrial» al medio siglo posterior a 1820^[6].

En esos cincuenta años, la renta per cápita en Europa occidental aumentó a un ritmo del 1 por ciento, una tasa de crecimiento bastante pobre hoy en día (Japón creció a esa tasa durante la llamada «década perdida» de los años noventa), pero turbopropulsada si la comparamos con la tasa de crecimiento del 0,14 por ciento entre 1500 y 1820.

Espera vivir diecisiete años y trabajar ochenta horas a la semana: la miseria aumenta para algunos

Esta aceleración del aumento de la renta per cápita, sin embargo, vino acompañada al principio de una caída en el nivel de vida para muchas personas. Los que antes tenían destrezas útiles —por ejemplo, los artesanos textiles— perdieron sus trabajos, puesto que fueron reemplazados por máquinas operadas por trabajadores más baratos y no cualificados, muchísimos de ellos niños. Algunas máquinas incluso eran diseñadas con unas dimensiones más reducidas para que se ajustaran al tamaño de los menores. Los operarios contratados para trabajar en las fábricas, o en los pequeños talleres que las abastecían de productos y enseres, trabajaban muchas horas; lo habitual era entre setenta y ochenta horas a la semana, pero algunos trabajaban más de cien, generalmente con solo medio domingo libre.

Las condiciones de trabajo eran extremadamente peligrosas. Muchos obreros textiles británicos de las fábricas de algodón morían de enfermedades pulmonares provocadas por el polvo que se generaba durante el proceso de producción. La clase trabajadora urbana vivía en condiciones de hacinamiento; era bastante común que una habitación fuera compartida por quince o veinte personas, y también era frecuente que cientos de personas compartieran un solo baño. La gente moría como moscas. En las zonas pobres de Manchester, la esperanza de vida era de tan solo diecisiete años^[7], un 30 por ciento más baja de lo que había sido en toda Gran Bretaña antes de

la conquista normanda, allá por el año 1000 (por entonces era de veinticuatro años).

El surgimiento de los movimientos anticapitalistas

Dada la miseria que estaba creando el capitalismo, no sorprende que surgieran varios tipos de movimiento anticapitalista. Algunos simplemente intentaban volver a tiempos pretéritos. Los luditas —artesanos textiles ingleses que habían perdido sus trabajos debido a la producción mecanizada en la década de 1810— alentaban la destrucción de las máquinas, la causa inmediata de su desempleo y el símbolo más obvio del progreso capitalista. Otros buscaban construir una sociedad mejor, más igualitaria, basada en el trabajo comunitario y la convivencia de los que pensaban igual; algo bastante parecido al kibbutz israelí.

Sin embargo, el visionario anticapitalista más destacado fue Karl Marx (1818-1883), un economista y revolucionario alemán que pasó la mayor parte de su vida exiliado en Inglaterra (sus restos yacen en el cementerio londinense de Highgate). Marx tildaba a Owen y a otros como él de «socialistas utópicos» porque creían que la sociedad poscapitalista podía basarse en una idílica convivencia comunitaria. Calificando de «socialismo científico» a su enfoque, Marx argumentaba que la nueva sociedad debía construirse sobre los logros del capitalismo en vez de rechazarlos de plano. La nueva sociedad socialista aboliría la propiedad privada de los medios de producción, pero preservaría las grandes unidades de producción creadas por el capitalismo para aprovechar al máximo su elevada productividad. Además, Marx proponía que la sociedad socialista fuera dirigida como una empresa capitalista en un aspecto sumamente importante: debía planificar centralmente la economía, del mismo modo que una empresa capitalista planifica centralmente todas sus operaciones. Esto recibe el nombre de *planificación centralizada*.

Marx y muchos de sus seguidores —entre ellos Vladímir Lenin, líder de la Revolución rusa de 1917— creían que la sociedad socialista solo podría ser creada por medio de una revolución liderada por los trabajadores, puesto que los capitalistas jamás entregarían voluntariamente sus posesiones. No obstante, algunos de sus seguidores, conocidos como «revisionistas» o socialdemócratas —como Eduard Bernstein y Karl Kautsky—, pensaban que la situación podía ser corregida mediante la reforma, no la abolición, del capitalismo a través de la democracia parlamentaria. Defendían medidas como la regulación de la jornada laboral y las condiciones de trabajo, y abogaban por el desarrollo del Estado del bienestar.

En retrospectiva, es fácil concluir que los reformistas supieron leer mejor la tendencia histórica, puesto que el sistema que defendían es el que hoy tienen todas las economías capitalistas avanzadas. Sin embargo, en aquella época no era tan obvio que los trabajadores pudieran mejorar bajo el capitalismo, sobre todo porque la mayoría de los capitalistas mostraban una feroz resistencia a cualquier tipo de reforma.

Desde aproximadamente 1870, hubo mejoras palpables en las condiciones de la clase trabajadora. Los salarios aumentaron. Al menos en Gran Bretaña, el salario medio de la población adulta llegó por fin a ser lo suficientemente alto como para permitir que los trabajadores cubrieran algo más que sus necesidades básicas. Además, algunos trabajaban menos de sesenta horas por semana. La esperanza de vida pasó de treinta y seis años en 1800 a cuarenta y uno en 1860^[8]. Hacia el final de este período surgió el Estado del bienestar, que comenzó oficialmente con el programa alemán de seguro por accidente industrial de 1871, introducido por Otto von Bismarck, entonces canciller de la recientemente unificada Alemania.

El mito del libre mercado y del libre comercio: cómo se desarrolló realmente el capitalismo

El avance del capitalismo en los países de Europa occidental y en algunos territorios de ultramar durante el siglo XIX suele atribuirse a la propagación del *libre comercio* y del *libre mercado*. Si pudo desarrollarse allí el capitalismo, se afirma, fue pura y exclusivamente gracias a que los gobiernos de esos países no aplicaban impuestos ni imponían restricciones al comercio internacional (libre comercio) y, en líneas más generales, no interferían en los asuntos del mercado (libre mercado). Se dice que Gran Bretaña y Estados Unidos pudieron tomar la delantera respecto de otros países porque fueron los primeros en adoptar el libre mercado y, especialmente, el libre comercio.

Nada más lejos de la realidad: el gobierno desempeñó un papel crucial en el temprano desarrollo del capitalismo tanto en Gran Bretaña y Estados Unidos como en otros países de Europa occidental^[9].

Gran Bretaña como pionera del proteccionismo

Ya desde Enrique VII (1485-1509), los monarcas de la dinastía Tudor promovieron la industria textil lanera —por entonces la industria de alta tecnología de Europa, liderada por los Países Bajos, especialmente Flandes— por medio de la intervención gubernamental. Los *aranceles* (impuestos a las importaciones) protegían a los productores británicos de los productores de los Países Bajos, muy superiores. El gobierno británico incluso patrocinaba la «caza ilegal» de artesanos textiles capacitados, principalmente oriundos de Flandes, para tener acceso a las tecnologías avanzadas. Los ciudadanos británicos o estadounidenses apellidados Flanders, Fleming y Flemyng son descendientes de aquellos artesanos; si no hubieran existido esas políticas, tampoco existirían el agente 007 (Ian Fleming) ni la penicilina (Alexander Fleming), y por alguna misteriosa razón creo que *Los Simpson* no sería una serie tan divertida si Ned Flanders se llamara Ned Lancashire. Estas políticas continuaron vigentes después de los Tudor, y hacia el siglo XVIII los productos textiles

lanares constituían casi la mitad de los ingresos británicos por exportaciones. Sin esos ingresos provenientes de las exportaciones, Gran Bretaña no habría podido importar los alimentos y las materias primas que necesitaba para la revolución industrial.

El intervencionismo del gobierno británico recibió un gran espaldarazo en 1721, cuando Robert Walpole, el primer primer ministro de Gran Bretaña^[10], lanzó un ambicioso programa de desarrollo industrial que daba protección arancelaria y subvenciones (sobre todo para estimular las exportaciones) a industrias consideradas «estratégicas». En parte gracias al programa de Walpole, Gran Bretaña se transformó en una nación muy poderosa en la segunda mitad del siglo XVIII. En la década de 1770, llevaba tanta delantera a otros países que Adam Smith no veía ninguna necesidad de aplicar medidas proteccionistas y otras formas de intervención gubernamental para ayudar a los productores británicos. Sin embargo, tuvo que pasar casi un siglo desde la publicación de *La riqueza de las naciones* para que Gran Bretaña adoptara sin reticencias el libre comercio, cuando su supremacía industrial era ya incuestionable. Para entonces el país aportaba el 20 por ciento de la producción industrial mundial (1860) y el 46 por ciento del comercio mundial de bienes manufacturados (1870), a pesar de tener solo el 2,5 por ciento de la población del planeta; estas cifras pueden verse en perspectiva teniendo en cuenta que las correspondientes a la China de nuestros días son el 15 y el 14 por ciento respectivamente, a pesar de contar con el 19 por ciento de la población mundial.

Estados Unidos como adalid del proteccionismo

El caso de Estados Unidos es todavía más interesante. Bajo el dominio colonial británico, su desarrollo industrial fue deliberadamente reprimido. Se dice que, al enterarse de los primeros intentos de industrialización por parte de los colonos norteamericanos, William Pitt el Viejo, en aquel entonces primer ministro británico (1766-1768), afirmó que no debía «permitírseles fabricar ni siquiera un clavo para herradura».

Tras obtener la independencia, muchos estadounidenses argumentaron que el país necesitaba industrializarse si quería estar a la altura de naciones como Francia y la propia Gran Bretaña. El líder en este campo fue ni más ni menos que el primer ministro que estuvo al frente de la economía norteamericana, Alexander Hamilton, el secretario del Tesoro (cuya imagen aparece en los billetes de 10 dólares). En su informe de 1791 al Congreso —*Report on the Subject of Manufactures*—, Hamilton afirmaba que el gobierno de una nación económicamente atrasada, como era Estados Unidos, debe proteger y alimentar «a las industrias desde la infancia», hasta que crezcan, frente a los competidores extranjeros superiores; se trata del llamado *argumento de la industria naciente*. Hamilton proponía utilizar aranceles y otras medidas para ayudar a las industrias nacientes: subvenciones, inversiones públicas en infraestructura (especialmente canales), una ley de patentes para incentivar los

nuevos inventos y medidas para desarrollar el sistema bancario.

Los terratenientes esclavistas de los estados del Sur, que por entonces dominaban la política estadounidense, rechazaron sin ambages el plan de Hamilton; no veían ninguna razón para comprar productos «yanquis» de calidad inferior cuando podían importar otros mejores y más baratos de Europa. Pero después de la guerra Angloamericana (1812-1816) —la primera y hasta el momento única vez que el territorio continental de Estados Unidos ha sido invadido—, muchos ciudadanos estuvieron de acuerdo con Hamilton en que, para ser fuerte, un país debe contar con un sector manufacturero fuerte, algo imposible de lograr sin aranceles y otras medidas intervencionistas del gobierno. Lo más triste del caso fue que Hamilton no pudo ver realizada su visión. Un tal Aaron Burr, por entonces el vicepresidente del país, lo había matado en un duelo de pistola en 1804 (sí, esos sí que eran tiempos salvajes; un vicepresidente mata de un disparo a un ex ministro de Economía y nadie acaba preso).

Tras el cambio de rumbo de 1816, la política comercial estadounidense se volvió cada vez más proteccionista. En la década de 1830, el país tenía los aranceles industriales medios más altos del mundo, estatus que mantendría durante la (casi) totalidad de los siguientes cien años, hasta la Segunda Guerra Mundial. Durante ese siglo, los aranceles a la importación eran mucho más bajos en países como Alemania, Francia y Japón, naciones que hoy en día la gente suele asociar con el proteccionismo.

Durante la primera mitad de ese siglo proteccionista, junto con la esclavitud y el federalismo, el proteccionismo siguió siendo un constante tema de conflicto y controversia entre el norte industrial y el sur agrario de Estados Unidos. El asunto quedó finalmente zanjado por la guerra civil (1861-1865), que ganó el Norte. La victoria no fue casual; si ganó fue precisamente porque había desarrollado su industria manufacturera medio siglo antes, amparándose en el muro del proteccionismo. En el clásico de Margaret Mitchell *Lo que el viento se llevó*, Rhett Butler, el protagonista masculino, les dice a sus compatriotas sureños que los yanquis ganarán la guerra porque poseen «las fábricas, las fundiciones, los astilleros, las minas de hierro y carbón... todas las cosas que nosotros [los sureños] no tenemos».

El libre comercio se propaga... en su mayor parte a través de medios para nada libres

El libre comercio no fue el responsable del surgimiento del capitalismo, pero sí que lo propagó a lo largo del siglo XIX. Parte de ese fenómeno tuvo lugar en el corazón del capitalismo en la década de 1860: la adopción del libre comercio por parte de Gran Bretaña y la firma de una serie de *acuerdos de libre comercio* bilaterales —en virtud de los cuales dos países eliminan las restricciones y los aranceles a la importación que gravan las exportaciones mutuas— entre los países de Europa occidental. Con

todo, en su mayor parte se propagó por la periferia, en Asia y América Latina.

Esto fue resultado de algo que normalmente no asociaríamos con la palabra «libre»; a saber, la fuerza, o al menos la amenaza de hacer uso de ella. La colonización fue la ruta obvia hacia «el libre comercio no libre», pero incluso muchos países que no habían sido colonizados fueron igualmente forzados a adoptar el libre comercio. Por medio de la «diplomacia de las cañoneras», fueron forzados a firmar *tratados desiguales* que los privaban, entre otras cosas, de la *autonomía arancelaria* (el derecho a imponer sus propios aranceles^[11]). Solo se les permitía utilizar una tasa arancelaria baja y uniforme (del 3-5 por ciento), que alcanzaba para obtener algún ingreso para el gobierno pero no para proteger a la industria naciente.

El más infame de todos los tratados desiguales es el Tratado de Nankín, que China fue obligada a firmar en 1842, tras haber sido derrotada en la guerra del Opio. Pero los tratados desiguales habían empezado con los países latinoamericanos, a partir de su independencia en las décadas de 1810 y 1820. Entre las décadas de 1820 y 1850, una retahíla de otros países fueron obligados a firmarlos: el Imperio otomano (predecesor de Turquía), Persia (la actual Irán), Siam (hoy Tailandia) e incluso Japón. Los tratados desiguales con América Latina expiraron en las décadas de 1870 y 1880, pero los asiáticos perduraron hasta bien entrado el siglo xx.

La incapacidad para proteger y promover su industria naciente, ya fuera debido al dominio colonial directo o a los tratados desiguales, fue un factor de peso que contribuyó al retroceso económico de Asia y América Latina durante este período, en que tuvieron crecimientos negativos de la renta per cápita (a un promedio del -0,1 y -0,4 por ciento anual respectivamente).

1870-1913: apogeo

El capitalismo se acelera aún más: el surgimiento de la producción en serie

El desarrollo del capitalismo comenzó a acelerarse hacia 1870. Entre las décadas de 1860 y 1910 surgieron una serie de nuevas innovaciones tecnológicas, lo cual dio por resultado la aparición de las industrias química y pesada: maquinaria eléctrica, motores de combustión interna, tinturas sintéticas, fertilizantes artificiales, etcétera. A diferencia de las tecnologías de la revolución industrial, inventadas por hombres prácticos con buena intuición, estas nuevas tecnologías fueron desarrolladas mediante la aplicación sistemática de principios científicos y de ingeniería. Eso significaba que, cada vez que se inventaba algo, podía ser replicado y mejorado muy rápidamente.

Además, la invención del *sistema de producción en serie* revolucionó la organización del proceso de producción en numerosas industrias. La utilización de la cadena de montaje móvil (la cinta transportadora) y de partes intercambiables redujo

espectacularmente los costes de producción. Este sistema de producción constituye la médula (si no la totalidad) de nuestro sistema de producción actual, a pesar de que desde los años ochenta se ha venido anunciando con frecuencia su desaparición.

Nuevas instituciones económicas surgen para regular la creciente escala de producción, el riesgo y la inestabilidad

Durante su «apogeo», el capitalismo adquirió la forma institucional básica que ha mantenido hasta hoy: la sociedad anónima, el banco central, el Estado del bienestar, las leyes laborales, etcétera. Estos cambios institucionales se debieron básicamente a las transformaciones experimentadas por las tecnologías y políticas subyacentes.

Reconociendo la creciente necesidad de inversiones a gran escala, la responsabilidad limitada —hasta entonces reservada en exclusiva a las empresas privilegiadas— se «generalizó», es decir, le fue otorgada a cualquier firma que cumpliera ciertas condiciones mínimas. Al permitir inversiones a una escala sin precedentes, la sociedad anónima se convirtió en el vehículo más poderoso del desarrollo capitalista; Karl Marx, que detectó su enorme potencial antes que ningún autoproclamado adalid del capitalismo, lo denominó «producción capitalista en su desarrollo más alto».

Antes de la reforma británica de 1849, la legislación en materia de bancarrota se ocupaba de castigar al empresario que quebraba, con la cárcel en el peor de los casos. Las nuevas leyes de quiebras, introducidas en la segunda mitad del siglo XIX, dieron a los empresarios una segunda oportunidad al permitirles no tener que pagar intereses a sus acreedores mientras reorganizaban sus negocios (como la undécima sección de la Ley Federal de Quiebras, promulgada en 1898) y forzar a los acreedores a condonar parte de sus deudas. Ser un hombre de negocios se volvió mucho menos arriesgado.

Con las empresas más grandes llegaron los bancos más grandes. El riesgo aumentó porque la quiebra de un solo banco podía desestabilizar todo el sistema financiero, de modo que los bancos centrales asumieron la carga de resolver esa clase de problemas actuando como prestamistas de último recurso; el primero en hacerlo fue el Banco de Inglaterra en 1844.

A raíz de la creciente agitación socialista y de las presiones reformistas en relación con la condición de la clase trabajadora, a partir de la década de 1870 se promulgaron una serie de leyes laborales y asistenciales: el seguro por accidente industrial, el seguro sanitario, las pensiones de vejez y el seguro de desempleo. Muchos países prohibieron el empleo de niños pequeños (casi siempre menores de diez o doce años) y redujeron las jornadas laborales de los niños mayores (¡en un principio a doce horas diarias!). También regularon las condiciones laborales y las jornadas de las mujeres. Por desgracia, no fue un gesto caballeresco sino fruto de los estereotipos. Se creía que las mujeres, a diferencia de los hombres, carecían de facultades mentales plenas y que, por lo tanto, podían firmar contratos laborales

desventajosos; era necesario protegerlas de sí mismas. Esta legislación laboral y asistencial limó los bordes más ásperos del capitalismo y mejoró la vida de muchas personas pobres, aunque al principio solo ligeramente.

Estos cambios institucionales promovieron el crecimiento económico. Las leyes de responsabilidad limitada y de quiebras en favor del deudor redujeron el riesgo implícito en las actividades empresariales, estimulando así la creación de riqueza. La banca central por un lado, y las legislaciones laborales y asistenciales por otro, también contribuyeron al crecimiento al aumentar la estabilidad económica y política respectivamente, hecho que a su vez incrementó la inversión y, por tanto, el crecimiento. La tasa de crecimiento de la renta per cápita en Europa occidental se aceleró durante este «apogeo», pasando del 1 por ciento en 1820-1870 al 1,3 por ciento en 1870-1913.

La edad dorada «liberal» no fue tan liberal

El «apogeo» del capitalismo suele ser descrito como la primera era de *globalización*, es decir, la primera vez que toda la economía mundial estuvo integrada en un único sistema de producción e intercambio. Muchos especialistas atribuyen este hecho a las políticas económicas *liberales* adoptadas durante ese período, cuando había pocas restricciones a los movimientos internacionales de bienes, capitales y personas. Este liberalismo en el plano internacional tuvo su equivalente en el enfoque *laissez faire* de las políticas económicas nacionales (véase *infra* el cuadro siguiente para las definiciones de estos términos). La concesión de la máxima libertad para realizar negocios, la persecución del *equilibrio presupuestario* (en virtud del cual el gobierno gasta exactamente lo mismo que recauda en impuestos) y la adopción del patrón oro fueron los ingredientes clave, según dicen. Sin embargo, las cosas fueron mucho más complejas.

«LIBERAL»: ¿EL TÉRMINO MÁS CONFUSO DEL MUNDO?

Pocas palabras han generado más confusión que «liberal». Aunque el término no fue explícitamente utilizado sino hasta el siglo XIX, las ideas subyacentes al *liberalismo* se remontan cuando menos al siglo XVII, de la mano de pensadores como Thomas Hobbes y John Locke. El significado clásico del término prioriza la libertad del individuo. Desde el punto de vista económico, esto significa proteger el derecho del individuo a usar su propiedad como le plazca, especialmente para ganar dinero. Desde esta perspectiva, el gobierno ideal es aquel que propicia tan solo las condiciones mínimas que conducen al ejercicio de ese derecho, como, por ejemplo, la ley y el orden. Ese tipo de gobierno (Estado) se conoce como *Estado mínimo* o minarquismo. El famoso lema imperante entre los liberales de la época era «laissez faire» («dejad hacer»), por

lo que al liberalismo también se lo conoce como la doctrina del *laissez faire*.

Hoy en día, el liberalismo suele ser equiparado con la defensa de la democracia debido a su énfasis en los derechos políticos individuales, incluida la libertad de expresión. Sin embargo, hasta mediados del siglo xx la mayoría de los liberales no eran demócratas. Rechazaban explícitamente la visión conservadora que sostenía que la tradición y la jerarquía social debían tener prioridad sobre los derechos individuales, pero también creían que no todos eran merecedores de esos derechos. Pensaban que las mujeres eran incapaces de ejercer plenamente sus facultades mentales y que, por lo tanto, no eran merecedoras del derecho a votar. También insistían en que no se otorgara el derecho al voto a los pobres, porque estaban convencidos de que votarían exclusivamente a políticos dispuestos a confiscar la propiedad privada. Adam Smith admitió abiertamente que el gobierno «es instituido en realidad para la defensa de los ricos contra los pobres, o de aquellos que poseen alguna propiedad contra aquellos que no poseen ninguna»^[12].

Lo que vuelve todavía más confuso el concepto es que, en Estados Unidos, el término «liberal» se utiliza para describir a los políticos que se sitúan «a la izquierda del centro». A los «liberales» estadounidenses, como Ted Kennedy o Paul Krugman, los llamarían socialdemócratas en Europa. En el Viejo Continente el término se reserva, por ejemplo, para aquellas personas que respaldan al Partido Democrático Liberal alemán (Freie Demokratische Partei o FDP), que a su vez serían llamadas *libertarias* (en referencia al Partido Libertario) en Estados Unidos.

Además está el *neoliberalismo*, la visión económica dominante desde la década de 1980 (véase más adelante). Es muy cercano al liberalismo clásico, pero no es exactamente lo mismo. Económicamente propugna el Estado mínimo clásico, pero con algunas modificaciones; la más importante de todas es que acepta la existencia de un banco central que monopolice la emisión de moneda, mientras que los liberales clásicos pensaban que también debía haber competencia en la producción de dinero. En términos políticos, los neoliberales no se oponen abiertamente a la democracia, como lo hacían los liberales clásicos, pero muchos están dispuestos a sacrificar la democracia en favor de la propiedad privada y el libre mercado.

El neoliberalismo también recibe el nombre —sobre todo en los países en desarrollo— de *Consenso de Washington*, por ser fuertemente defendido por las tres organizaciones económicas más poderosas del mundo, todas ellas con sede en Washington DC; a saber, el Tesoro estadounidense, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Mundial.

El período 1870-1913 no se caracterizó por el liberalismo universal en el frente

internacional. En el corazón del capitalismo —Europa occidental y Estados Unidos— el proteccionismo comercial no solo no disminuyó, sino que aumentó.

Estados Unidos se volvió incluso más proteccionista una vez finalizada la guerra civil en 1865. La mayoría de los países europeos occidentales que habían firmado acuerdos de libre comercio en las décadas de 1860 y 1870 no los renovaron, y, significativamente, aumentaron los aranceles a las importaciones después de su expiración (por lo general tenían una vigencia de veinte años). Esto se hizo en parte para proteger a la agricultura, que estaba luchando contra las nuevas importaciones baratas procedentes del Nuevo Mundo (especialmente de Estados Unidos y Argentina) y Europa oriental (Rusia y Ucrania), pero también para proteger y promover las nuevas industrias química y pesada. Alemania y Suecia fueron los mejores ejemplos de este «nuevo proteccionismo», popularizado bajo el nombre de «matrimonio entre el hierro y el centeno» en Alemania.

Cuando los tratados desiguales firmados después de la independencia expiraron en las décadas de 1870 y 1880, los países latinoamericanos aplicaron aranceles proteccionistas bastante altos (del 30-40 por ciento). Sin embargo, en todo el resto de la «periferia» el libre comercio forzoso (al que me he referido antes) se propagó a gran velocidad. Las potencias europeas competían por apoderarse de distintas zonas del continente africano en la «carrera por África», mientras numerosos países asiáticos también eran colonizados (Malasia, Singapur y Myanmar por Gran Bretaña; Camboya, Vietnam y Laos por Francia). El Imperio británico se expandió enormemente respaldado por su poderío industrial, lo cual suscitó el famoso dicho «El imperio donde jamás se pone el sol». Países como Alemania, Bélgica, Estados Unidos y Japón, que hasta entonces no habían practicado el colonialismo, también se unieron a la aventura colonial^[13]. No es casual que este período también se conozca como la «era del imperialismo».

El frente interno también experimentó un marcado aumento, no una disminución, de la intervención gubernamental en los países capitalistas centrales. Hubo una fuerte adhesión a las doctrinas del libre mercado en materia de política fiscal (doctrina del equilibrio presupuestario) y monetaria (patrón oro). Sin embargo, el papel del Estado también aumentó considerablemente durante este período: regulaciones laborales, planes de asistencia social e inversiones públicas en infraestructuras (sobre todo en ferrocarriles, pero también en canales) y educación (especialmente en Estados Unidos y Alemania).

La edad dorada liberal de 1870-1913 no fue, por tanto, tan liberal como pensamos. De hecho, fue cada vez menos liberal en los países capitalistas centrales, en el ámbito tanto de las políticas nacionales como de las internacionales. La liberalización tuvo lugar principalmente en los países más débiles, pero más por obligación que por voluntad propia (a través del colonialismo y los tratados desiguales). En la única región periférica que experimentó un rápido crecimiento durante este período, América Latina, el proteccionismo aumentó notablemente tras

la expiración de los tratados desiguales^[14].

1914-1945: la era de las turbulencias

El capitalismo trastabilla: la Primera Guerra Mundial y el final de la edad dorada liberal

El estallido de la Primera Guerra Mundial en 1914 señaló el fin de una era para el capitalismo. Hasta entonces, a pesar de las constantes amenazas de revuelta de los pobres (las revoluciones de 1848 en Europa, la Comuna de París de 1871, etcétera) y de los problemas económicos (la Larga Depresión de 1873-1896), el capitalismo parecía destinado a un constante crecimiento económico y una constante expansión geográfica.

Esta visión fue puesta seriamente en entredicho por la Primera Guerra Mundial (1914-1918), que desacreditó por completo la idea —muy popular en aquel entonces— de que la cada vez más compleja y tupida red comercial que el capitalismo estaba tejiendo a lo largo y ancho del planeta volvería muy improbables, si no totalmente imposibles, las guerras entre unas naciones con lazos tan estrechos.

En cierto modo, el estallido de la Primera Guerra Mundial no debería haber sorprendido a nadie, puesto que la globalización del «apogeo» del capitalismo había sido impulsada sobre todo por el imperialismo, no por las fuerzas del mercado. Esto significaba que la rivalidad internacional entre los principales países capitalistas tenía muchas posibilidades de desembocar en conflictos violentos. Algunos fueron incluso un poco más allá y argumentaron que el capitalismo había llegado a una etapa en la que ya no podría sostenerse sin su expansión continua hacia afuera, que, inevitablemente, tarde o temprano llegaría a su fin y desaparecería.

El capitalismo encuentra un rival: la Revolución rusa y el apogeo del socialismo

Este fue el célebre punto de vista que Vladímir Lenin, el líder de la Revolución rusa de 1917, expuso en *El imperialismo, fase superior del capitalismo*. La Revolución bolchevique supuso una conmoción todavía más fuerte que la Primera Guerra Mundial para los defensores del capitalismo, puesto que condujo a la creación de un sistema económico que pretendía socavar todos los pilares del capitalismo.

En el decenio posterior a la Revolución rusa, la propiedad privada de los medios de producción (máquinas, fábricas, tierras, etcétera) fue abolida. La gran ruptura llegó con la colectivización de la agricultura en 1928, que confiscó las tierras de los grandes agricultores (*kulaks*) para transformarlas en granjas estatales (*sovjós*) y obligó a los pequeños agricultores a formar parte de cooperativas agrarias (*koljós*), que eran granjas estatales en todo menos en el nombre. Los mercados también fueron

abolidos y reemplazados por la planificación central en 1928, cuando dio inicio el Primer Plan Quinquenal. En 1928, la Unión Soviética tenía ya un sistema definitivamente no capitalista. Funcionaba sin la propiedad privada de los medios de producción, sin la motivación de obtener beneficios y sin mercados.

En cuanto al otro pilar del capitalismo, el trabajo asalariado, el panorama era más complejo. Sí, en teoría los trabajadores de la Unión Soviética no eran asalariados porque eran dueños de todos los medios de producción, ya fuera a través de la propiedad estatal o de las cooperativas, pero en la práctica eran indistinguibles de los trabajadores asalariados de las economías capitalistas, dado que tenían escaso control sobre el funcionamiento de sus empresas —y de la economía en general— y su experiencia laboral cotidiana continuaba sujeta a la misma relación jerárquica.

El socialismo soviético fue un gran experimento económico (y social). Hasta entonces, ninguna economía había sido planificada centralmente. Karl Marx había dejado algunos cabos sueltos, y la Unión Soviética tuvo que ingeniárselas para recorrer por su cuenta ese camino inexplorado. Incluso muchos marxistas, especialmente Karl Kautsky, se mostraron escépticos respecto de sus perspectivas; el socialismo, según el propio Marx, habría de emerger en las economías capitalistas más desarrolladas. Esas economías estaban a solo un paso de constituir una economía enteramente planificada, según decían, porque sus actividades ya habían sido planificadas en alto grado por las grandes empresas y los cárteles de esas empresas. La Unión Soviética —incluida su parte europea, más desarrollada— era una economía muy atrasada en la que casi no se había desarrollado el capitalismo, en la que el socialismo realmente no podía emerger.

Para sorpresa de todos, la temprana industrialización soviética fue un gran éxito, algo gráficamente demostrado por su capacidad de repeler el avance nazi en el Frente Oriental durante la Segunda Guerra Mundial. Se estima que el crecimiento de la renta per cápita fue del 5 por ciento anual entre 1928 y 1938, una tasa asombrosamente elevada en un mundo donde la renta solía aumentar a razón del 1 o el 2 por ciento anual^[15].

Este crecimiento fue conseguido a costa de millones de muertes (por la represión política y por la hambruna de 1932⁽¹⁶⁾). Sin embargo, la magnitud de la hambruna no se dio a conocer en su momento, y muchos quedaron subyugados por el desarrollo económico soviético, sobre todo porque por entonces, tras la Gran Depresión de 1929, el capitalismo estaba de rodillas.

El capitalismo se deprime: la Gran Depresión de 1929

La Gran Depresión fue un acontecimiento todavía más traumático que el ascenso del socialismo para los creyentes en el capitalismo, sobre todo en Estados Unidos, donde comenzó la Depresión (con el infame crac de Wall Street en 1929), y que además fue el país más duramente golpeado por la experiencia. Entre 1929 y 1932, la producción

estadounidense cayó un 30 por ciento y el desempleo se octuplicó, pasando del 3 al 24 por ciento^[16]. Estados Unidos no recuperó el nivel productivo de 1929 hasta 1937. Alemania y Francia también sufrieron mucho; su producción cayó un 16 y un 15 por ciento respectivamente.

Una hipótesis influyente, propagada por los economistas neoliberales, sugiere que esta gran crisis financiera, sin embargo totalmente manejable, devino una Gran Depresión debido al colapso del comercio mundial causado por la «guerra comercial», desatada a su vez por la adopción del proteccionismo en Estados Unidos en 1930 a través de los aranceles Smoot-Hawley. Esta versión no se sostiene en pie. El aumento de los aranceles no fue muy acusado; el arancel industrial medio pasó del 37 al 48 por ciento. Tampoco causó una guerra arancelaria masiva. Con la excepción de unos pocos países económicamente débiles como Italia y España, el proteccionismo comercial no aumentó mucho tras la adopción de los aranceles Smoot-Hawley. Más importante aún: los estudios realizados muestran que la razón principal del colapso del comercio internacional después de 1929 no fue el aumento de los aranceles a las importaciones, sino la espiral descendente de la demanda internacional, causada por la adhesión de los gobiernos de las economías capitalistas centrales a la doctrina del equilibrio presupuestario^[17].

Después de una gran crisis económica como el crac de la bolsa de Wall Street en 1929 o la crisis financiera mundial de 2008, disminuyen notablemente los gastos en el sector privado. Las deudas quedan impagas, lo cual obliga a los bancos a reducir los préstamos. Al no poder pedir dinero prestado, las empresas y los particulares recortan sus gastos. Esto, a su vez, reduce la demanda hacia otras empresas y particulares que acostumbraban venderles (por ejemplo, las empresas que les venden a los consumidores, las que venden maquinaria a otras firmas, los trabajadores que venden horas de servicio a las empresas). El nivel de demanda en la economía entra en una espiral descendente.

En este contexto, el gobierno es el único actor económico que puede mantener el nivel de demanda en la economía gastando más de lo que ingresa; es decir, entrando en déficit presupuestario. Sin embargo, en los tiempos de la Gran Depresión, la fuerte creencia en la doctrina del equilibrio presupuestario impidió ese curso de acción. Dado que la recaudación de impuestos estaba cayendo debido a los reducidos niveles de actividad económica, la única manera de equilibrar los presupuestos era recortar los gastos, lo cual no dejaba nada para contrarrestar la espiral descendente de la demanda^[18]. Para empeorar todavía más las cosas, el patrón oro comportaba que los bancos centrales no podían aumentar la cantidad de dinero en circulación por temor a comprometer el valor de la moneda. Debido a la restringida circulación de dinero, el crédito se volvió escaso, lo que a su vez restringió las actividades del sector privado y, por consiguiente, redujo aún más la demanda.

Comienza la reforma: Estados Unidos y Suecia muestran el camino

La Gran Depresión dejó una marca duradera en el capitalismo. Trajo consigo un rechazo generalizado de la doctrina del *laissez faire* y varios intentos serios de reformar el capitalismo.

Las reformas fueron particularmente amplias y exhaustivas en Estados Unidos, donde la Depresión fue más profunda y duró más. El llamado «primer programa de New Deal» (1933-1934), impulsado por el nuevo presidente, Franklin Delano Roosevelt, separó la banca comercial de la banca de inversión (Ley Glass-Steagall de 1933), estableció un sistema de seguros de depósitos bancarios para proteger a los pequeños ahorristas de las quiebras bancarias, aumentó la regulación del mercado de valores (Ley Federal de Activos Financieros de 1933), expandió y fortaleció el sistema de créditos agrícolas, estableció un precio mínimo garantizado para los productos agropecuarios y desarrolló infraestructuras (como la presa Hoover, la misma que aparece en la película de *Superman* de 1978, protagonizada por el fallecido Christopher Reeve), etcétera. Hubo incluso más reformas durante el llamado «segundo New Deal» (1935-1938), entre ellas la Ley de Seguridad Social de 1935, que introdujo las pensiones de vejez y el seguro de desempleo, y la Ley Wagner de 1935, que fortaleció a los sindicatos.

Suecia fue el otro país que emprendió reformas significativas. Aupado por el descontento público con las políticas económicas liberales, que habían llevado la tasa de desempleo al 25 por ciento, el Partido Socialdemócrata llegó al poder en 1932. Se introdujo un impuesto sobre la renta, sorprendentemente tarde para un país hoy considerado el bastión de ese gravamen (Gran Bretaña lo implantó en 1842, y hasta Estados Unidos, famoso por sus políticas contrarias a los impuestos, se adelantó a Suecia instaurándolo en 1913). Los ingresos obtenidos se utilizaron para expandir el Estado del bienestar (el seguro de desempleo fue introducido en 1934 y aumentó la pensión de vejez). En 1938, los sindicatos y la patronal firmaron el Acuerdo de Saltsjöbaden, que instauró la paz industrial.

Otros países no llegaron tan lejos como Estados Unidos y Suecia en sus reformas del capitalismo, pero no obstante auguraron cómo serían las cosas después de la Segunda Guerra Mundial.

El capitalismo se tambalea: el crecimiento se ralentiza y el socialismo supera al capitalismo

Las turbulencias del período 1914-1945 alcanzaron su punto culminante con el estallido de la Segunda Guerra Mundial, que acabó con la vida de decenas de millones de personas, tanto soldados como civiles (las estimaciones más elevadas sostienen que fallecieron 60 millones). La guerra fue el primer revés para la aceleración del crecimiento económico desde comienzos del siglo XIX^[19].

1945-1973: la Edad Dorada del capitalismo

El capitalismo destaca en todos los frentes: crecimiento, empleo y estabilidad

El período comprendido entre 1945, cuando finalizó la Segunda Guerra Mundial, y 1973, cuando estalló la primera crisis del petróleo, suele denominarse «la Edad Dorada del capitalismo». Y en verdad merece ese nombre, puesto que alcanzó la tasa de crecimiento más alta de todos los tiempos. Entre 1950 y 1973 la renta per cápita en Europa occidental aumentó a un asombroso promedio del 4,1 por ciento anual. Estados Unidos creció más lentamente, pero a la igualmente asombrosa media del 2,5 por ciento. Alemania Occidental lo hizo a un 5 por ciento, ganándose así el título de «Milagro del Rin», mientras que Japón creció todavía más rápido, a un 8,1 por ciento, iniciando la cadena de «milagros económicos» de los siguientes cincuenta años en el continente asiático.

El alto crecimiento no fue el único logro económico de la Edad Dorada. El desempleo, flagelo de la clase trabajadora, fue virtualmente eliminado en los países capitalistas avanzados de Europa occidental, como asimismo en Japón y Estados Unidos (véase el capítulo 10). Además, estas economías eran notablemente estables en varios aspectos: la capacidad productiva (y por lo tanto el empleo), los precios y las finanzas. La producción era mucho menos fluctuante que en períodos anteriores, en gran parte gracias a la política fiscal keynesiana, que aumentaba el gasto estatal en los tiempos de vacas flacas y lo reducía en momentos de auge económico^[20]. La tasa de *inflación* —es decir, la tasa a la que aumenta el nivel general de los precios— era relativamente baja^[21]. Asimismo, existía un grado muy alto de estabilidad financiera. Durante la Edad Dorada prácticamente ningún país atravesó por una crisis bancaria. En cambio, a partir de 1975 entre el 5 y el 35 por ciento de los países atravesaron en algún momento por crisis bancarias, excepto durante unos pocos años a mediados de la década de 2000^[22].

Así pues, en todos los aspectos posibles, la Edad Dorada fue un período notable. Cuando Harold Macmillan, por entonces primer ministro británico, dijo que «las cosas nunca habían ido tan bien», no estaba exagerando. Qué subyace en este encomiable desempeño económico, sin precedentes hasta entonces y jamás igualado con posterioridad, es objeto de un debate permanente.

Factores subyacentes a la Edad Dorada

Algunos aducen que, después de la Segunda Guerra Mundial, existía un conjunto inusualmente vasto de nuevas tecnologías a la espera de ser explotadas, lo que dio un ímpetu también inusual al crecimiento en la Edad Dorada. Muchas nuevas tecnologías desarrolladas durante la guerra con propósitos militares comenzaron a

tener usos civiles: los computadores, los aparatos electrónicos, los radares, el caucho sintético, las microondas (a partir de la tecnología del radar), etcétera. Tras la finalización de la guerra se realizaron numerosas inversiones utilizando esas tecnologías, primero para la reconstrucción de posguerra y luego para satisfacer la renovada demanda de los consumidores tras la austeridad de los tiempos de guerra.

También hubo algunos cambios importantes en el sistema económico internacional que facilitaron el desarrollo económico durante la Edad Dorada.

Durante el encuentro de los aliados en 1944 en Bretton Woods, New Hampshire, se crearon dos instituciones clave del sistema financiero internacional de posguerra, desde entonces apodadas Instituciones de Bretton Woods: el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD), más comúnmente conocido como Banco Mundial^[23].

El FMI fue creado para proporcionar fondos a corto plazo a los países con crisis en la *balanza de pagos* (la balanza de pagos es un registro de todas las transacciones monetarias producidas entre un país y el resto del mundo; véase el capítulo 12 para más detalles al respecto). La crisis en la balanza de pagos se produce cuando un país paga a otros (por ejemplo, cuando importa bienes o servicios) muchísimo más de lo que obtiene de ellos, hasta el punto de que nadie está dispuesto a continuar prestándole dinero. El resultado típico es el pánico financiero, seguido de una profunda recesión. Al conceder préstamos de emergencia a los países que se encontraban en esa situación, el FMI les permitió superar las crisis con menos consecuencias negativas.

Por su parte, el Banco Mundial fue creado para conceder «préstamos para proyectos» (es decir, dinero destinado a proyectos concretos de inversión, como la construcción de una presa). Al otorgar préstamos con vencimientos más largos y/o tipos de interés más bajos que los ofrecidos por los bancos del sector privado, el Banco Mundial permitió que sus países cliente invirtieran más agresivamente.

La tercera pata del sistema económico mundial de posguerra fue el Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus siglas en inglés), firmado en 1947. Entre 1947 y 1967, el GATT organizó seis series de negociaciones (llamadas «rondas») que dieron por resultado reducciones de los aranceles (en su mayor parte) entre los países ricos. Al darse entre países con niveles similares de desarrollo, estos recortes trajeron resultados positivos, como la expansión de los mercados y el estímulo al crecimiento de la productividad gracias a la mayor competencia.

En Europa se puso en marcha un nuevo experimento de integración internacional que tuvo consecuencias de largo alcance. Comenzó con la creación de la CECA (Comunidad Europea del Carbón y del Acero) en 1951 por parte de seis países (Alemania Occidental, Francia, Italia, los Países Bajos, Bélgica y Luxemburgo) y culminó con la fundación de la Comunidad Económica Europea (CEE) —un acuerdo de libre comercio— tras la firma del Tratado de Roma (1957^[24]). En 1973, el Reino

Unido, Irlanda y Dinamarca se unieron al grupo, que adoptó el nombre de Comunidad Europea (CE). Al llevar la paz a una región arrasada por guerras y rivalidades varias e integrar los mercados, la CEE contribuyó al desarrollo económico de los países miembros.

La explicación más influyente sobre la Edad Dorada, sin embargo, es aquella que afirma que fue principalmente un resultado de las reformas en las políticas económicas y las instituciones que dio origen a la *economía mixta*, que mezcla rasgos positivos del capitalismo y del socialismo.

Después de la Gran Depresión, los límites del capitalismo de *laissez faire* fueron ampliamente aceptados. Todos estaban de acuerdo en que el Estado debía desempeñar un papel activo para afrontar los fallos de los mercados no regulados. Al mismo tiempo, el éxito de la planificación durante la Segunda Guerra Mundial disminuyó el escepticismo hacia la factibilidad de la intervención estatal. Los triunfos electorales de partidos de izquierda en muchos países europeos, gracias a su papel clave en la lucha contra el fascismo, condujeron a la expansión del Estado del bienestar y a la consecución de mayores derechos laborales.

Se considera que estos cambios en las políticas y las instituciones contribuyeron al surgimiento de la Edad Dorada de numerosas maneras: creando paz social, estimulando la inversión, aumentando la movilidad social y promoviendo las innovaciones tecnológicas. Permítanme que me extienda un poco más al respecto, dado que es un punto importante.

Capitalismo híbrido: políticas e instituciones en pro de los trabajadores

Poco después de la Segunda Guerra Mundial, muchos países europeos transfirieron empresas privadas al dominio público o crearon nuevas *empresas de titularidad pública* en sectores clave como la siderurgia, los ferrocarriles, la banca y la energía (carbón, nuclear y eléctrica). Estas empresas reflejaban la creencia de los movimientos socialistas europeos en el control público de los medios de producción como elemento clave de la socialdemocracia, encarnada en la famosa Cláusula IV del Partido Laborista británico (abolida en 1995, durante la gestión de Tony Blair y su Nuevo Laborismo). Se cree que las empresas públicas desempeñaron un papel fundamental en países como Francia, Finlandia, Noruega y Austria con vistas a generar un elevado crecimiento durante la Edad Dorada al invertir agresivamente en industrias de alta tecnología que las firmas del sector privado consideraban demasiado arriesgadas.

Las medidas asistenciales, introducidas por primera vez a finales del siglo XIX, fueron ampliamente fortalecidas con la nacionalización de algunos servicios básicos en algunos países (por ejemplo, el Servicio Nacional de Salud Británico). Estos servicios fueron financiados mediante un gran aumento en los impuestos (como porcentaje de la renta nacional). Dichas medidas incrementaron la movilidad social,

algo que a su vez aumentó la legitimidad del sistema capitalista. La paz social resultante estimuló las inversiones orientadas a más largo plazo y, por tanto, el crecimiento.

Capitalismo gestionado: los gobiernos regulan y configuran los mercados... de muchas y diversas maneras

Tras haber aprendido las duras lecciones de la Gran Depresión, los gobiernos de todos los países capitalistas avanzados comenzaron a desplegar deliberadamente *políticas macroeconómicas contracíclicas*, también conocidas como «políticas keynesianas» (véase el capítulo 4), consistentes en aumentar el gasto estatal y el suministro de dinero por parte del banco central durante los períodos de recesión y reducirlos durante los períodos de recuperación.

Conscientes de los peligros potenciales de los mercados financieros no regulados, tal como lo pusiera de manifiesto la Gran Depresión, fortalecieron las regulaciones financieras. Pocos países llegaron al extremo de Estados Unidos, que separó la banca de inversión de la banca comercial, pero todos impusieron restricciones a la acción de los bancos y los inversores financieros. Los banqueros eran considerados personas respetables pero sumamente aburridas en aquella época, a diferencia de sus intrépidos sucesores de nuestros días⁽¹⁷⁾.

Muchos gobiernos pusieron en práctica *políticas industriales selectivas* que promovían deliberadamente industrias consideradas «estratégicas» a través de un abanico de medidas, como la protección comercial y las subvenciones. El gobierno estadounidense no tenía una política industrial oficial, pero influía enormemente en el desarrollo industrial del país aportando financiación masiva para la investigación a ciertas industrias avanzadas, como los computadores (financiados por el Pentágono), los semiconductores (marina), los aviones (fuerza aérea), internet (DARPA, Agencia de Investigaciones de Proyectos Avanzados de Defensa) y las ciencias farmacéuticas y biológicas (Institutos Nacionales de Salud^[25]). Los gobiernos de países como Japón, Francia y Corea del Sur no se detuvieron en promover industrias particulares, sino que explícitamente coordinaron políticas para distintos sectores industriales a través de sus planes quinquenales; una práctica conocida como *planificación indicativa* para distinguirla de la planificación central soviética, de carácter «directivo».

Nuevos albores: los países en desarrollo finalmente se proponen el desarrollo económico

La Edad Dorada fue testigo de una amplia descolonización. Comenzando por Corea en 1945 (luego dividida en Corea del Norte y Corea del Sur en 1948) y la India (de la cual se separó Pakistán) en 1947, la mayoría de las colonias se independizaron. La

independencia, en muchas naciones, implicó luchas violentas contra los colonizadores. La independencia llegó más tarde al África subsahariana, siendo Kenia el primer país en alcanzarla (en 1957). Más o menos la mitad de los países africanos subsaharianos se independizaron en la primera mitad de la década de 1960. Algunas naciones tuvieron que esperar mucho más para independizarse (Angola y Mozambique en 1975, de Portugal; Namibia en 1990, de Sudáfrica), y otras aún siguen aguardando, pero la inmensa mayoría de las ex sociedades coloniales —ahora llamadas «países en desarrollo»— obtuvieron su independencia hacia finales de la Edad Dorada.

Con la independencia, la mayor parte de las naciones poscoloniales rechazaron las políticas de libre mercado y libre comercio que les habían sido impuestas durante el colonialismo. Algunas se volvieron socialistas (China, Corea del Norte, Vietnam del Norte y Cuba), pero la mayoría persiguieron estrategias de industrialización lideradas por el Estado sin dejar por ello de ser básicamente capitalistas. Esa estrategia recibe el nombre de *industrialización por sustitución de importaciones* (ISI) —así llamada porque sustituye los productos manufacturados importados por productos propios—, y su finalidad es proteger a los productores nacionales de la competencia de productores extranjeros restringiendo las importaciones (protección de la industria naciente) o regulando fuertemente las actividades de las compañías extranjeras que operaban dentro de las fronteras nacionales. Los gobiernos con frecuencia subvencionaban a los productores del sector privado y creaban empresas públicas en las industrias en que los inversores privados eran renuentes a invertir debido al alto riesgo.

Dado que las fechas en que se independizaron los países coloniales abarcan desde 1945 hasta 1973 e incluso más allá, es imposible hablar de los «resultados económicos de los países en desarrollo durante la Edad Dorada». El marco temporal que generalmente se utiliza para evaluar la evolución económica de un país en desarrollo es 1960-1980. De acuerdo con la información proporcionada por el Banco Mundial, durante este período la renta per cápita de los países en desarrollo creció un 3 por ciento anual, lo cual significa que estuvieron a la par de las economías más avanzadas, donde el crecimiento fue del 3,2 por ciento. Las economías «milagro» de Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong Kong crecieron entre un 7 y un 8 por ciento anual en términos per cápita durante este período, alcanzando las mayores tasas de crecimiento de la historia humana (logro compartido con Japón antes y con China después).

Cabe señalar, sin embargo, que incluso las regiones de desarrollo más pausado tuvieron progresos considerables durante este período. Entre 1960 y 1980, con un crecimiento de la renta per cápita del 1,6 por ciento anual, el África subsahariana fue la región de crecimiento más lento de todo el mundo; la de América Latina creció a un ritmo dos veces superior (3,1 por ciento) y la del Sudeste Asiático, a uno tres veces superior (5,3 por ciento). Aun así, no debemos desdeñar bajo ningún concepto

esa tasa de crecimiento. No olvidemos que durante la revolución industrial la tasa de crecimiento de la renta per cápita en Europa occidental era de apenas el 1 por ciento.

El camino del medio: el capitalismo funciona mejor con intervenciones adecuadas del gobierno

Durante la Edad Dorada del capitalismo, la intervención gubernamental aumentó enormemente en casi todos los ámbitos en todos los países, con la sola excepción del comercio internacional en los países ricos. A pesar de ello, los resultados económicos, tanto en los países ricos como en los países en desarrollo, fueron mucho mejores que antes. En cambio, no han mejorado desde la década de 1980, cuando la intervención estatal se redujo considerablemente, como mostraré en breve. La Edad Dorada muestra que el potencial del capitalismo puede maximizarse cuando es regulado y estimulado adecuadamente por acciones gubernamentales apropiadas.

1973-1979: el interregno

La Edad Dorada empezó a perder fuelle con la suspensión de la convertibilidad entre el dólar estadounidense y el oro en 1971. El sistema de Bretton Woods abandonó el viejo patrón oro al reconocer que rigidizaba la gestión macroeconómica, como pudo observarse durante la Gran Depresión. Pero en última instancia el sistema continuaba anclado en el oro, porque el dólar, que había fijado tipos de cambio con todas las otras monedas importantes, era libremente convertible en oro (a razón de 35 dólares por onza). Esto se basaba en el supuesto de que el dólar era «tan bueno como el oro»; un supuesto en absoluto descabellado teniendo en cuenta que Estados Unidos generaba aproximadamente la mitad de la producción mundial y había una aguda escasez de dólares en todo el mundo puesto que todos querían comprar productos estadounidenses.

Con la reconstrucción de posguerra y el rápido desarrollo de otras economías, este supuesto perdió su validez inicial. Cuando la gente se dio cuenta de que el dólar no era tan bueno como el oro, tuvo un fuerte incentivo para convertir sus dólares en oro, lo cual redujo todavía más las reservas estadounidenses de oro e hizo que el dólar pareciera menos de fiar aún. Los pasivos oficiales de Estados Unidos (los billetes de dólar y las letras del Tesoro, es decir, los bonos soberanos estadounidenses), que ascendían a solo la mitad de sus reservas de oro hasta 1959, llegaron a ser una vez y media más grandes en 1967^[26].

En 1971, Estados Unidos se desdijo de su compromiso de entregar oro a cambio de sus dólares, lo cual condujo a otros países a abandonar la práctica de atar sus monedas nacionales al dólar a tipos fijos durante los dos años siguientes. Esto generó inestabilidad en la economía mundial y los valores monetarios comenzaron a fluctuar

con los vaivenes del mercado, quedando cada vez más supeditados a la especulación monetaria (inversores que apuestan al aumento o la disminución del valor de una moneda).

El fin de la Edad Dorada fue consecuencia de la primera crisis del petróleo, ocurrida en 1973, cuando los precios del crudo se cuadruplicaron de la noche a la mañana a raíz de las confabulaciones del cártel de países productores de petróleo u OPEP (Organización de Países Exportadores de Petróleo). La inflación venía aumentando lentamente en muchos países desde finales de los años sesenta, pero se disparó inmediatamente después de la crisis del petróleo.

Más importante aún, los años posteriores se caracterizaron por la *estanflación*. Este término, acuñado poco antes, aludía a la ruptura de la regularidad económica secular según la cual los precios caen durante una recesión (o un estancamiento) y suben durante un *boom* económico. Por entonces la economía estaba en recesión (aunque no exactamente en una recesión prolongada como durante la Gran Depresión) pero los precios aumentaban a toda velocidad, a razón del 10, el 15 o incluso el 25 por ciento anual^[27].

La segunda crisis del petróleo, acaecida en 1979, puso fin a la Edad Dorada con un nuevo rebrote inflacionario y propició la llegada al poder de gobiernos neoliberales en los países capitalistas clave, sobre todo en Gran Bretaña y Estados Unidos.

Los economistas del libre mercado, que critican abiertamente el modelo de economía mixta, suelen describir este período como una etapa de desastre económico absoluto e inexcusable. Esto no es así. El crecimiento de los países capitalistas avanzados quizá fuera lento en comparación con el de la Edad Dorada, pero, al 2 por ciento per cápita, la tasa de crecimiento de la renta durante 1973-1980 siguió siendo mucho más alta que en cualquier otro período desde la Segunda Guerra Mundial (1,2-1,4 por ciento) y ligeramente más elevada que la futura tasa de las siguientes tres décadas de neoliberalismo (1,8 por ciento en el período 1980-2010^[28]). La tasa de desempleo, de un 4,1 por ciento por término medio, fue más alta que la de la Edad Dorada (3 por ciento), pero no tanto^[29]. No obstante, el hecho es que la insatisfacción generalizada con la evolución de la economía durante este período provocó cambios radicales en los años siguientes.

Desde 1980 hasta hoy: ascenso y caída del neoliberalismo

La Dama de Hierro: Margaret Thatcher y el fin del compromiso británico de posguerra

Un punto de inflexión crucial fue la elección de Margaret Thatcher como primera

ministra británica en 1979. Rechazando de plano el compromiso «blando» de los *tories* con los laboristas posterior a la Segunda Guerra Mundial, Thatcher inició el desmantelamiento radical de la economía mixta, ganándose el apodo de la Dama de Hierro por su actitud inflexible.

El gobierno de Thatcher rebajó el impuesto de la renta a las clases más adineradas, redujo el gasto gubernamental (sobre todo en educación, vivienda y transporte) e introdujo leyes que disminuyeron el poder de los sindicatos y abolieron el *control del capital* (la restricción sobre los movimientos transfronterizos de dinero). La medida más simbólica fue la *privatización*; las empresas públicas fueron vendidas a inversores particulares. El gas, el agua, la electricidad, el acero, la aerolínea estatal, los automóviles y algunos sectores de la vivienda pública fueron privatizados.

Se subieron los tipos de interés para reducir la inflación disminuyendo la actividad económica y, por tanto, la demanda. Los altos tipos de interés atraeron al capital extranjero, elevando por las nubes el valor de la libra y dejando fuera de la competencia a las exportaciones británicas. El resultado fue una enorme recesión cuando los consumidores y las empresas recortaron sus gastos entre 1979 y 1983. El desempleo afectó a 3,3 millones de personas bajo un gobierno que había llegado al poder criticando los niveles de desempleo del gobierno laborista de James Callaghan, que superaba la cifra del millón de parados, con el famoso eslogan «Laborismo no es trabajo», elaborado por la agencia de publicidad Saatchi & Saatchi.

Durante la recesión, buena parte de la industria manufacturera británica —que ya venía sufriendo por su falta de competitividad en el mercado— fue destruida. Muchos centros industriales tradicionales (Manchester, Liverpool y Sheffield) y zonas mineras (el norte de Inglaterra y Gales) quedaron devastados, tal como se describe en películas como *Tocando el viento* (sobre los mineros del carbón en Grimley, una versión apenas disimulada del pueblo minero de Grimethorpe, en Yorkshire).

El actor: Ronald Reagan y la reconfiguración de la economía estadounidense

Ronald Reagan, ex actor y antiguo gobernador de California, llegó a la presidencia de Estados Unidos en 1981 y superó a Margaret Thatcher. La administración Reagan rebajó agresivamente los tramos más altos del impuesto de la renta so pretexto de que esos recortes animarían a los ricos a invertir más y crear riqueza al permitirles quedarse con un mayor porcentaje del fruto de sus inversiones. Se argüía que, una vez creada esa mayor riqueza, los ricos gastarían más y de ese modo crearían más empleo y generarían más ingresos para el resto de la población; es algo que recibe el nombre de *teoría de la filtración descendente*. Al mismo tiempo, se recortaron los subsidios otorgados a los pobres (especialmente para vivienda) y se congeló el salario mínimo para incentivarlos a trabajar más duro. Si lo pensamos un poco, tiene una lógica que no deja de ser curiosa: ¿por qué hay que enriquecer todavía más a los ricos

para que trabajen más arduamente y empobrecer aún más a los pobres con el mismo propósito? Curiosa o no, esta lógica —conocida como *economía de la oferta*— se transformó en el postulado fundacional de las políticas económicas de las siguientes tres décadas en Estados Unidos y más allá de sus fronteras.

Como en el Reino Unido, los tipos de interés fueron inflados con el propósito de reducir la inflación. Entre 1979 y 1981 se duplicaron (o incluso más), de aproximadamente el 10 por ciento a más del 20 por ciento anual. Una porción significativa de la industria manufacturera estadounidense, que ya venía perdiendo terreno frente a los competidores japoneses y de otros países, no pudo soportar semejante aumento de los costes financieros. El corazón industrial tradicional del Medio Oeste se transformó en el «Cinturón del óxido».

La desregulación financiera que tuvo lugar en Estados Unidos en esta misma época sentó las bases del sistema financiero que hoy nos rige. El veloz aumento de las *compras hostiles*, que permiten la adquisición de una empresa contra la voluntad de sus directivos, modificó de plano la cultura corporativa estadounidense. Muchos de los compradores eran «tiburones corporativos» exclusivamente interesados en la *liquidación de activos* (es decir, en la venta de activos valiosos independientemente del impacto que eso pudiera causar sobre la viabilidad a largo plazo de la empresa), inmortalizados por Gordon Gekko («La avaricia es buena») en la película *Wall Street* (1987). Para eludir ese destino, las empresas debían obtener beneficios más rápido que nunca; de lo contrario, los accionistas impacientes vendían sus acciones, rebajando el precio de estas y exponiendo la empresa al mayor peligro, la compra hostil de acciones. La manera más rápida y quizá más eficaz de obtener rápidos beneficios era optar por la *reestructuración*: reducir la plantilla y minimizar las inversiones a las estrictamente necesarias para lograr unos resultados inmediatos, aunque eso afectara a las posibilidades de la empresa a largo plazo.

La crisis de la deuda en el Tercer Mundo y el fin de la revolución industrial del Tercer Mundo

El legado más perdurable de la política estadounidense de elevados tipos de interés a finales de los años setenta y comienzos de los ochenta —a veces denominado «shock Volcker», en honor del entonces director del banco central estadounidense (la Junta de Gobierno de la Reserva Federal)— no se concretó en Estados Unidos sino en los países en desarrollo.

La mayoría de los países en desarrollo habían pedido préstamos cuantiosos en la década de 1970 y comienzos de la de 1980, en parte para financiar su industrialización y en parte para poder pagar el petróleo, cada vez más caro después de las crisis del petróleo. Cuando los tipos de interés estadounidenses se duplicaron, los internacionales hicieron otro tanto, lo cual condujo a un impago casi generalizado de la deuda externa en los países en desarrollo, empezando por el decretado por

México en 1982. Esto se conoce como la *crisis de la deuda del Tercer Mundo*, así llamada porque el mundo en vías de desarrollo recibía por aquel entonces el nombre de Tercer Mundo, en contraposición al Primer Mundo (el mundo capitalista avanzado) y el Segundo Mundo (el mundo socialista).

Los países en desarrollo tuvieron que recurrir a las Instituciones de Bretton Woods (el FMI y el Banco Mundial, por si lo han olvidado) para afrontar las crisis económicas. Dichas instituciones impusieron la condición de que los países acreedores aplicaran un *programa de ajuste estructural* (PAE), que requería disminuir el papel del Estado en la economía recortando su presupuesto, privatizando las empresas públicas y reduciendo las regulaciones, especialmente aquellas que afectaban al comercio internacional.

Los resultados del PAE fueron, en el mejor de los casos, extremadamente decepcionantes. A pesar de haber aplicado todas las reformas «estructurales» necesarias, la mayoría de los países sufrieron una profunda ralentización del crecimiento en las décadas de 1980 y 1990. Las tasas de crecimiento de la renta per cápita en América Latina (incluido el Caribe) pasaron del 3,1 por ciento en 1960-1980 al 0,3 por ciento en 1980-2000. En el África subsahariana la renta per cápita cayó estrepitosamente durante este período; en el año 2000 era un 13 por ciento más baja que en 1980. El resultado fue la interrupción de la «revolución industrial del Tercer Mundo», denominación que el economista de Cambridge Ajit Singh había acuñado para describir la experiencia de desarrollo económico de los países en desarrollo en las primeras décadas posteriores a la descolonización.

Chile fue el único país que prosperó bajo las políticas neoliberales de las décadas de 1980 y 1990, pero a expensas de un considerable costo humano bajo la dictadura de Augusto Pinochet (1974-1990^[30]). Todas las otras historias de éxito de este período fueron naciones que usaron ampliamente la intervención estatal y que solo liberalizaron gradualmente su economía. Los mejores ejemplos fueron Japón, los «tigres» (o «dragones», según cuál sea su animal predilecto) del Sudeste Asiático (Corea del Sur, Taiwan y Singapur) y, cada vez más, China.

Cae el muro: el derrumbe del socialismo

Entonces, en 1989, se produjo un cambio crucial. La Unión Soviética comenzó a abrirse y el Muro de Berlín fue derribado. Alemania se reunificó en 1990 y la mayoría de los países de Europa oriental abandonaron el comunismo. En 1991, la Unión Soviética se desmembró. Dado que China venía abriéndose y liberalizándose sin prisas pero sin pausa desde 1978 y Vietnam (unificado en 1975 bajo el régimen comunista) también había adoptado una política de «puertas abiertas» (Doi Moi) en 1986, el bloque socialista quedó reducido a unos pocos estados acérrimos, en particular Corea del Norte y Cuba.

Los problemas de la economía socialista ya eran bien conocidos para entonces: la

dificultad de planificar una economía cada vez más diversa, la falta de incentivos a causa de la debilidad del vínculo entre el esfuerzo y la recompensa, y la extendida desigualdad políticamente determinada en una sociedad aparentemente igualitaria (véase el capítulo 9). Aun así, pocos —ni siquiera los analistas más antisocialistas— habían pensado que el bloque se vendría abajo tan rápido.

El problema crucial era que las economías del bloque soviético habían intentado construir un sistema económico alternativo basado esencialmente en tecnologías de segunda categoría. Por supuesto, había sectores, como los de la tecnología espacial y armamentística, en los que eran líderes mundiales (después de todo, la Unión Soviética fue el primer país en enviar un hombre al espacio, en 1957) gracias a la desproporcionada cantidad de recursos que se les destinaban. Sin embargo, cuando resultó evidente que la URSS solo podía ofrecer a sus ciudadanos productos de consumo de segunda categoría —cuyo símbolo más claro es el Trabant, el automóvil con carcasa de plástico fabricado en Alemania Oriental, que rápidamente se convirtió en pieza de museo tras la caída del Muro de Berlín—, los ciudadanos se rebelaron.

En la década siguiente, los países socialistas de Europa oriental emprendieron una precipitada carrera para transformarse (nuevamente) en países capitalistas. Muchos pensaban que la «transición» podía hacerse a gran velocidad. Por supuesto: ¿acaso no bastaba con privatizar las empresas públicas y reintroducir el sistema de mercado, que después de todo es una de las instituciones humanas más «naturales»? Otros aducían que la transición debía efectuarse rápidamente para no darle tiempo a la vieja élite gobernante a reagruparse y oponerse al cambio. La mayoría de los países aplicaron reformas tipo «big bang» con la intención de recuperar el capitalismo de la noche a la mañana.

El resultado fue desastroso en la mayor parte de ellos. Yugoslavia se desintegró y quedó sumida en guerras y limpiezas étnicas varias. Muchas ex repúblicas de la Unión Soviética experimentaron profundas depresiones económicas. En Rusia, el colapso económico y el desempleo y la inseguridad económica resultantes causaron tanto estrés mental, alcoholismo y otros problemas de salud que se estima que murieron más millones de personas que las que hubieran fallecido de haber continuado las tendencias previas a la transición^[31]. En muchos países, los miembros de la antigua élite simplemente «cambiaron de chaqueta» y dejaron de ser *apparatchiks* para convertirse en hombres de negocios, enriqueciéndose escandalosamente con la compra de activos estatales a precios irrisorios a través de prácticas corruptas y «trapicheos» durante el proceso de privatización. A los países de Europa central —Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia— les fue mejor, especialmente después de que se adhirieran a la Unión Europea en 2004, al haber aplicado reformas más graduales y poseer una base industrial más sólida. Pero, incluso en el caso de estos países, es difícil definir la experiencia de transición como un gran éxito.

La caída del bloque socialista marcó el comienzo de un período de «triunfalismo

del libre mercado». Algunos, entre ellos el (entonces) pensador neoconservador estadounidense Francis Fukuyama, anunciaron «el fin de la historia» (no, no el fin del mundo) basándose en que por fin habíamos logrado identificar, sin temor a equivocarnos, el mejor sistema económico: el capitalismo. El hecho de que este presente multitud de variantes, cada una con sus propios puntos fuertes y puntos débiles, fue olímpicamente ignorado en medio de la euforia de la época.

Un solo mundo: la globalización y el nuevo orden económico mundial

A mediados de los años noventa, el neoliberalismo se había propagado por el mundo entero. La mayor parte del antiguo bloque socialista había sido absorbido por la economía mundial capitalista, ya fuera por medio de las reformas tipo «big bang» o, como en los casos de China y Vietnam, a través de la apertura y la desregulación graduales pero constantes. Por aquel entonces, la apertura y la liberalización del mercado también habían progresado considerablemente en la mayoría de los países en desarrollo. En la mayor parte de ellos el proceso fue rápido debido a la puesta en práctica de los PAE, pero en otros —la India, por ejemplo— fue más gradual y requirió cambios voluntarios en las políticas.

En esta época se firmaron algunos importantes acuerdos internacionales que marcaron el inicio de una nueva era de integración global. En 1994 se firmó el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) entre Estados Unidos, Canadá y México, que constituyó el primer gran acuerdo de libre comercio entre países desarrollados y otro en desarrollo. En 1995 concluyeron las conversaciones de la Ronda Uruguay del GATT, cuyo resultado fue la transformación del GATT en la OMC (Organización Mundial del Comercio). La OMC abarca muchos más ámbitos (entre otros, los derechos de propiedad intelectual, como las marcas y patentes, y la comercialización de servicios) y tiene más poder para sancionar que el GATT. La integración económica avanzó todavía más en la Unión Europea (UE) cuando se completó el proyecto de «mercado único» (con las llamadas «cuatro libertades de movimiento»: de bienes, servicios, personas y dinero) en 1993 y con el ingreso de Suecia, Finlandia y Austria en 1995⁽¹⁸⁾. El resultado final fue la creación de un sistema comercial internacional mucho más orientado hacia un comercio más libre (aunque no del todo libre).

La idea de «globalización» también emergió como un concepto que definió la época. Por supuesto, la integración económica internacional venía dándose desde el siglo XVI, pero, de acuerdo con la nueva narrativa de la globalización, el proceso había entrado en una etapa completamente nueva gracias a las revoluciones tecnológicas en la comunicación (internet) y el transporte (los viajes en avión, los buques portacontenedores), que conducían a «la muerte de la distancia». Según los globalizadores, ahora los países no tenían otra opción que aceptar esa nueva realidad y abrirse totalmente al comercio y las inversiones internacionales, liberalizando al

mismo tiempo sus economías nacionales. Los que se resistieran serían inevitablemente tildados de «luditas modernos» por creer que podían recuperar un mundo perdido revirtiendo el progreso tecnológico (véase *supra*). Los títulos de algunos libros —*El mundo sin fronteras*, *El mundo es plano* y *One World, Ready or Not* [«Un solo mundo»] —resumían la esencia de este nuevo discurso.

El principio del fin: la crisis financiera asiática

La euforia de finales de los años ochenta y comienzos de los noventa no duró mucho tiempo. La primera señal de que no todo funcionaba tan bien en ese «mundo feliz» llegó con la crisis financiera mexicana de 1995. Demasiadas personas habían invertido en activos financieros mexicanos con la expectativa irracional de que, por haber adoptado plenamente las políticas de libre mercado y haber firmado el TLCAN, ese país sería el próximo milagro económico. México fue rescatado por los gobiernos de Estados Unidos y Canadá (que querían impedir el colapso económico de su nuevo socio comercial) y por el FMI.

En 1997, una crisis financiera aún más grave en el Sudeste Asiático sacudió al mundo. Varias de las hasta entonces exitosas economías asiáticas —las llamadas «economías MIT» (Malasia, Indonesia y Tailandia) y Corea del Sur— experimentaron problemas financieros. La causa fue el estallido de la *burbuja de activos* (a consecuencia de unas expectativas irracionales, los precios de los activos habían subido hasta niveles poco realistas).

Si bien al principio se mostraron más cautos en el proceso de apertura de sus economías que otras regiones en desarrollo, estos países habían acabado por abrir radicalmente sus mercados financieros a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa. Sujetos a pocas restricciones, sus bancos habían solicitado préstamos agresivamente a los países ricos, que ofrecían tipos de interés más bajos. A su vez, los bancos de los países ricos veían poco riesgo en prestar dinero a países con excelentes indicadores económicos desde hacía varias décadas. A medida que empezó a fluir el capital extranjero, los precios de los activos subieron y ello permitió que las empresas y los particulares de los países asiáticos pidieran todavía más dinero prestado, dando como aval unos activos que ahora eran más valiosos. El proceso se transformó muy pronto en una profecía autocumplida, dado que la expectativa de que los precios de los activos siempre subirían justificaba la solicitud y concesión de nuevos préstamos. (¿Les suena familiar?) Cuando finalmente quedó claro que esos precios de activos eran insostenibles, el dinero fue retirado y se desataron las crisis financieras.

La crisis del Sudeste Asiático dejó una enorme cicatriz en las naciones afectadas. En unas economías en que a un crecimiento del 5 por ciento (en términos per cápita) se lo consideraba una «recesión», en 1998 la producción cayó un 16 por ciento en Indonesia y entre un 6 y un 7 por ciento en los otros países. Decenas de millones de personas perdieron sus empleos en sociedades donde quedarse en paro es sinónimo

de penuria debido al reducido tamaño del Estado del bienestar.

A cambio del dinero del rescate enviado por el FMI y los países ricos, los países asiáticos golpeados por la crisis tuvieron que aceptar numerosos cambios en sus políticas, todos ellos encaminados a liberalizar sus mercados, especialmente los financieros. Si bien empujó a las economías asiáticas en una dirección más orientada al mercado, la crisis del Sudeste Asiático —y las crisis brasileña y rusa que la siguieron— sembraron la primera semilla del escepticismo respecto del triunfalismo de libre mercado surgido tras la Guerra Fría. Hubo debates muy serios sobre la necesidad de reformar el sistema financiero mundial; en muchos de ellos se realizaron propuestas similares a las planteadas tras la crisis financiera mundial de 2008. Incluso algunos defensores acérrimos de la globalización —como Martin Wolf, columnista del *Financial Times*, y el teórico del libre comercio Jagdish Bhagwati— comenzaron a cuestionar la pertinencia de permitir la libre circulación del capital internacional. No todo estaba tan bien como se pensaba en la nueva economía global.

El falso amanecer: de la fiebre de las «punto.com» a la Gran Moderación

Cuando las crisis fueron finalmente controladas, se dejó de hablar de una reforma financiera mundial. En Estados Unidos se produjo una gran ofensiva en la dirección contraria: en 1999 se derogó la legislación icónica del New Deal —la Ley Glass-Steagall de 1933—, que separaba estructuralmente la banca comercial de la banca de inversión.

Hubo otro momento de pánico en 2000, cuando la llamada «burbuja punto.com» —en que las acciones de compañías vinculadas a internet sin perspectivas de generar beneficios en el futuro próximo alcanzaron valores absurdamente exorbitantes— estalló en Estados Unidos. El pánico finalizó pronto porque la Reserva Federal intervino recortando agresivamente los tipos de interés y los bancos centrales de otras economías ricas siguieron su ejemplo.

A partir de entonces, los primeros años del nuevo milenio fueron un mar de bonanza en los países ricos, sobre todo en Estados Unidos. El crecimiento era robusto, si no abiertamente espectacular. Los precios de los activos (los bienes inmuebles, los valores bursátiles, etcétera) no paraban de subir. La inflación se mantenía baja. Los economistas —incluido Ben Bernanke, director de la Reserva Federal entre febrero de 2006 y enero de 2014— hablaban de la «Gran Moderación», en virtud de la cual la ciencia económica habría logrado por fin controlar el nocivo ciclo de *expansión y contracción* (los grandes altibajos de la economía). Alan Greenspan, director de la Reserva Federal entre agosto de 1987 y enero de 2006, era reverenciado como un «Maestro» (así lo inmortalizó Bob Woodward, el famoso investigador del caso Watergate, en el título de su biografía), dotado de un saber casi alquímico para conseguir un crecimiento económico permanente sin alentar la inflación o experimentar problemas financieros.

A mediados de la década de 2000, el resto del mundo empezó finalmente a percibir el crecimiento «milagroso» de China de las dos décadas anteriores. En 1978, en los albores de su reforma económica, la china solo representaba el 2,5 por ciento de la economía mundial^[32]. Tenía un impacto mínimo sobre el resto del mundo; su porcentaje en las exportaciones mundiales de mercancías (bienes) era un mero 0,8 por ciento^[33]. En cambio, en 2007 los porcentajes habían aumentado al 6 y el 8,7 por ciento respectivamente^[34]. Relativamente pobre en recursos naturales y creciendo a una velocidad de vértigo, China comenzó a demandar alimentos, minerales y combustible del resto del mundo, con lo que el peso de su crecimiento comenzó a sentirse más y con mayor fuerza.

Ello dio un empujón a los exportadores de materias primas de África y América Latina, posibilitando por fin que sus economías recuperaran parte del terreno perdido en las décadas de 1980 y 1990. China también se convirtió en un prestamista e inversor a gran escala en algunos países africanos, lo cual les dio cierto poder para negociar con las instituciones del Banco Mundial y los tradicionales donantes de ayuda (Estados Unidos y los países europeos). En el caso de los países latinoamericanos, en este período también se produjo un alejamiento de las políticas neoliberales que tanto los habían perjudicado. Brasil (Lula), Bolivia (Morales), Venezuela (Chávez), Argentina (Kirchner), Ecuador (Correa) y Uruguay (Vázquez) fueron los ejemplos más destacados.

Una grieta en la pared: la crisis financiera mundial de 2008

A comienzos de 2007, quienes veían con preocupación la creciente tasa de morosidad de los préstamos hipotecarios eufemísticamente denominados *subprime* (léase «con altas probabilidades de impago»), concedidos por compañías financieras estadounidenses durante el precedente *boom* del mercado inmobiliario, hicieron sonar las alarmas. Personas sin unos ingresos estables y con historiales crediticios pésimos habían recibido préstamos que en realidad no podrían devolver, bajo el supuesto de que los precios de la vivienda continuarían subiendo eternamente. Se consideraba que esas personas podrían devolver los préstamos obtenidos vendiendo sus casas si las cosas empezaban a ir mal. Por si esto fuera poco, miles o incluso cientos de miles de esos préstamos hipotecarios de alto riesgo estaban vinculados a productos financieros «compuestos», como los MBS y las CDO (por el momento no es necesario profundizar en el tema; explicaré con mayor detalle de qué se trata todo esto en el capítulo 8), y se vendían como activos de bajo riesgo bajo el supuesto de que la probabilidad de que un gran número de prestatarios experimentaran simultáneamente problemas económicos sería menor de que los sufriera un solo prestatario.

En un principio se estimó que el problema de los préstamos hipotecarios en Estados Unidos oscilaba entre los 50 000 y los 100 000 millones de dólares; no era una cifra menor, pero sí fácil de asumir para el sistema (o al menos eso sostenían

muchos expertos en aquella época). Sin embargo, como era de prever, la crisis estalló en el verano de 2008 con la quiebra de los bancos de inversión Bear Stearns y luego Lehman Brothers. El pánico financiero aterró al mundo. Se reveló que incluso algunos de los nombres más venerables del sector financiero estaban en graves problemas por haber generado y comprado grandes cantidades de productos financieros compuestos de carácter dudoso.

La «primavera keynesiana» y el retorno de la ortodoxia de libre mercado... con sed de venganza

Las medidas iniciales de las principales economías fueron muy diferentes de las adoptadas después de la Gran Depresión. Las políticas macroeconómicas fueron keynesianas en el sentido de que se permitió el desarrollo de grandes déficits presupuestarios, al menos no recortando el gasto para contrarrestar la caída de los ingresos tributarios y en algunos casos aumentando el gasto gubernamental (China fue el país más agresivo en este aspecto). Grandes instituciones financieras (por ejemplo, el Royal Bank of Scotland en el Reino Unido) y poderosas firmas industriales (GM y Chrysler en Estados Unidos, entre otras) fueron rescatadas con dinero público. Los bancos centrales redujeron los tipos de interés a niveles históricamente bajos; el Banco de Inglaterra redujo los suyos al nivel más bajo desde su fundación en 1694, por mencionar un solo caso. Cuando ya no pudieron reducir más los tipos de interés, pusieron en práctica lo que se conoce como *expansión cuantitativa* (*quantitative easing*, QE, por sus siglas en inglés); a grandes rasgos, el banco central crea moneda de la nada y la pone a circular en la economía, principalmente comprando bonos soberanos.

Sin embargo, la ortodoxia de libre mercado regresó muy pronto, y con ánimos de venganza. Mayo de 2010 fue el punto de inflexión. La elección de una coalición de gobierno liderada por los conservadores en el Reino Unido y la imposición del programa de rescate de la Eurozona a Grecia ese mismo mes marcaron el regreso de la antigua doctrina del equilibrio presupuestario. Se impusieron presupuestos *austeros* —en los que se recorta radicalmente el gasto— en el Reino Unido y las economías de los llamados «PIIGS» (Portugal, Italia, Irlanda, Grecia y España). El éxito de los republicanos a la hora de obligar al gobierno de Barack Obama a aceptar un gran recorte en el programa de gastos en 2011 y la reafirmación de las medidas antidéficit en los países europeos centrales bajo la forma del Pacto Fiscal Europeo firmado en 2012 llevaron las cosas aún más en esa dirección. En todos esos países, pero especialmente en el Reino Unido, la derecha política incluso está usando el argumento del equilibrio presupuestario como pretexto para podar severamente el Estado del bienestar, que siempre quisieron reducir a su mínima expresión.

Las consecuencias: ¿la década perdida?

La crisis de 2008 ha tenido consecuencias devastadoras, y su anhelada conclusión aún no se vislumbra en el horizonte. Cuatro años después de la crisis, a finales de 2012, la producción per cápita seguía siendo más baja que en 2007 en veintidós de los treinta y cuatro países miembros de la OCDE (Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), el club de los países ricos (junto con un puñado de países en desarrollo) con sede en París⁽¹⁹⁾. El PIB per cápita en 2012, una vez descontados los efectos de la inflación, fue un 26 por ciento inferior que el registrado en 2007 en Grecia, un 12 por ciento inferior en Irlanda, un 7 por ciento inferior en España y un 6 por ciento inferior en el Reino Unido. Incluso en Estados Unidos, que según dicen se recuperó mejor y más rápido de la crisis de 2008 que el resto de los países, la renta per cápita en 2012 continuaba siendo un 1,4 por ciento más baja que la de 2007⁽²⁰⁾.

Con los presupuestos atezados por la austeridad, la perspectiva de una recuperación económica es difusa en muchos de esos países. El problema reside en que un recorte radical del gasto estatal en una economía estancada (o incluso en recesión) obstaculiza y hasta impide la recuperación. Ya lo vimos durante la Gran Depresión. Como resultado, puede transcurrir buena parte de la década hasta que muchos de esos países vuelvan a ser lo que eran en 2007. Bien podrían estar en medio de una «década perdida», como ocurrió en Japón en los años noventa y en América Latina en los ochenta.

Se calcula que, en su punto álgido, la crisis generó 80 millones más de desempleados en todo el mundo. En España y Grecia, el desempleo escaló de aproximadamente el 8 por ciento antes de la crisis al 26 y el 28 por ciento respectivamente en el verano de 2013, y el paro juvenil supera con creces el 55 por ciento. Incluso en los países con «menores» problemas al respecto, como Estados Unidos y el Reino Unido, las tasas de desempleo oficiales alcanzaron el 8 y el 10 por ciento en los momentos más críticos.

¿Un poco demasiado tarde?: perspectivas de reforma

A pesar de la magnitud de la crisis, las reformas políticas han tardado en llegar. A pesar de que la causa de la crisis radica en la excesiva liberalización del mercado financiero, las reformas financieras han sido más bien blandas y se están aplicando con extraordinaria lentitud (en el curso de varios años, cuando los bancos estadounidenses tuvieron solo doce meses para poner en práctica las durísimas reformas financieras del New Deal). Existen sectores de las finanzas, como la comercialización de productos financieros excesivamente complejos, en los que ni siquiera se han aplicado reformas blandas y lentas.

Por supuesto, es posible revertir esta tendencia. Después de todo, en el Estados Unidos y la Suecia posteriores a la Gran Depresión las reformas llegaron después de unos pocos años de desplome económico y penuria. De hecho, los electorados francés, holandés y griego votaron por los partidos favorables a la austeridad en la

primavera de 2012, y los votantes italianos hicieron lo propio en 2013. La Unión Europea ha introducido regulaciones financieras mucho más duras de lo que muchos habrían creído posible (por ejemplo, un impuesto a las transacciones financieras y una limitación de las primas en el sector financiero). Suiza, frecuentemente considerada el paraíso fiscal de los ultrarricos, en 2013 aprobó una ley que prohíbe las altas recompensas a altos directivos que hayan tenido un rendimiento mediocre. Y si bien queda mucho por hacer en lo tocante a la reforma financiera, cabe señalar que estas medidas habrían sido consideradas imposibles antes de la crisis de 2008.

Otras lecturas

- P. Bairoch, *Economies and World History: Myths and Paradoxes*, Nueva York y Londres, Harvester Wheatsheaf, 1993.
- H.-J. Chang, *Kicking Away the Ladder: Development Strategy in Historical Perspective*, Londres, Anthem, 2012. [Hay trad. cast.: *Retirar la escalera. La estrategia del desarrollo en perspectiva histórica*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2004].
- B. Eichengreen, *The European Economy since 1945: Coordinated Capitalism and Beyond*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2007.
- A. Glyn, *Capitalism Unleashed*, Oxford, Oxford University Press, 2007. [Hay trad. cast.: *Capitalismo desatado. Finanzas, globalización y bienestar*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2010].
- D. Landes, *The Unbound Prometheus*, Cambridge, Cambridge University Press, 2003. [Hay trad. cast.: *Progreso tecnológico y revolución industrial*, Madrid, Tecnos, 1979].
- A. Maddison, *Contours of the World Economy, 1-2030 AD*, Oxford, Oxford University Press, 2007.
- S. Marglin y J. Schor, eds., *The Golden Age of Capitalism*, Oxford, Clarendon, 1990.
- D. Nayyar, *Catch Up: Developing Countries in the World Economy*, Oxford, Oxford University Press, 2013.